

Serie "Familiar." 27

# La pequeña coronela



**SHIRLEY TEMPLE**

**LIONEL BARRYMORE**

ediciones bustagne

**1**

PTA



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Paseo de la Paz, 19 bis - Tel. 18541-Barcelona

## LA PEQUEÑA CORONELA

Delicioso asunto, lleno de ternura, sensibilidad y simpatía

Dirección de  
DAVID BUTLER

---

**Es un film FOX**  
(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por  
**HISPANO FOXFILM, S. A. E.**  
Valencia, 280 - BARCELONA

---

**Argumento narrado por Ediciones Bistagne**  
30 Noviembre 1935

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

**SHIRLEY TEMPLE**

**Lionel Barrymore**

**Evelyn Venable**

**John Lodge**

**EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA**

Sociedad General Española de Librería  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

**Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11**

# La pequeña coronela

## Argumento de la película

Los odios encendidos por la guerra civil que asoló a los Estados Unidos desde 1861 hasta 1865, perduró a través de los tiempos en el corazón de aquellos que, habiendo luchado por un ideal, se veían vencidos y humillados por los victoriosos. En el corazón del Sur donde tantas y tantas víctimas se habían inmolado en el altar de aquel loco ideal que les había lanzado contra sus hermanos del Norte, el odio estaba latente aún en el pecho de los que habían visto de cerca la campaña y mucho más en el de aquellos que en ella habían tomado parte.

El coronel Lloyd era uno de éstos. Había hecho toda la campaña y había perdido en ella a su hijo. Había luchado bravamente para

defender su idea y había visto cubiertas de sangre las tierras de sus mayores. No les perdonaba a los yankees que hubieran vencido. El odio que sentía contra ellos era invencible. Y se había retirado a su magnífica posesión colonial en donde vivía a lo gran señor, con su hija Elisabet, que era su única compañía y todo su encanto.

Contaba Elisabet diez y ocho o veinte años. El coronel, para que su hija no sintiera la soledad de la gran casona, invitaba con frecuencia a sus amigos y en la casa todo eran risas y alegrías animadas por aquella criatura de carácter jovial. El coronel no veía más que por los ojos de su hija y, en su imaginación, forjaba ya un porvenir magnífico para aquella hija



a la que hubiera querido ver unida a la rama de una de las más nobles familias del Sur para que la raza fuera perpetuándose a través del único vástago que a él le quedaba.

Elisabet, sin embargo, se había enamorado de un hombre del Norte, de un yankee, de un descendiente directo de la raza odiada, del enemigo, como decía el coronel cuando se refería a los que ahora gobernaban y mandaban en todo el país. Elisabet llevaba en secreto sus amores. Tenía la seguridad de la oposición paterna y estaba decidida a todo; a saltar por sobre todas las conveniencias sociales y a desdeñar la autoridad del padre con tal de unir su vida a la del hombre que amaba, a la del único hombre al que amaría toda su vida. Elisabet tenía el genio firme, decidido, un poco orgulloso y un mucho dominador de los Lloyd y, sintiendo que su corazón le daría fuerzas bastantes para seguir adelante en su decisión heroica, decidió fugarse con su novio y casarse con él antes de que su padre pudiera tener tiempo de impedir la boda.

Para aquella noche estaba deci-

dida la fuga. Elisabet sabía que los amigos de su padre estarían con ellos hasta las diez de la noche, aproximadamente. Para cuando todos hubieran salido de la casa, aprovechando la noche y las horas en que su padre dormiría, suficientes para correr muchas leguas, había ella dispuesto la huida. Jack la iría a buscar y marcharían ambos hacia la felicidad.

Ahora, en el salón, rodeada de toda aquella sociedad elegante y refinada que venía a casa del coronel, Elisabet esperaba paciente-mente la hora. Le habían rogado que cantara alguna balada de las que ella sabía entonar con tanto sentimiento y, sin hacerse la caprichosa, se había sentado ante el arpa, había rasgado sus cuerdas con los dedos hábiles y delicados y, acompañándose con aquella música que era una caricia para el oído, cantó una tierna canción de amor.

"Cuando el tiempo pase, cuando la belleza se habrá ya marchitado y el corazón estará adormecido por el paso de la vida, mis sueños serán siempre amor... siempre amor. Porque el amor es el único sentimiento que no muere... Acaso

cantarán nuevas esperanzas en mi alma; acaso otras ilusiones querrán venir a arrebatarme la bella ilusión primera... Pero nunca ¡oh! nunca hallaré en mi camino una cosa tan bella como el ensueño del primer amor!..."

Cuando la voz calló sonaron en el salón aplausos fervorosos. Los invitados habían saboreado la ternura de la balada y la emoción honda con que Elisabet la había cantado.

—¡Deliciosa, hija mía, deliciosa! — dijo el coronel avanzando hacia Elisabet que se había puesto en pie y sonreía.

—Ha sido una canción encantadora dicha de manera inimitable — añadió el viejo médico de la casa, amigo íntimo del coronel, que había visto nacer a Elisabet y había cerrado los ojos a la madre que murió por darle vida.

—Gracias, doctor Scott...

—Coronel, si yo tuviera veinte años menos te robaría a tu hija — dijo el doctor riendo complacido ante la belleza de la joven.

El coronel miró de soslayo al muchacho que estaba al lado de Elisabet, hijo de una de las fami-

lias más distinguidas del Sur, y murmuró maliciosamente:

—Creo que hay alguien más que piensa como usted... y que tiene la edad precisa para poder hacerlo.

—¡Padre!... ¡No digas eso!... — dijo Elisabet poniéndose seria y alejándose del muchacho.

—Creo que el matrimonio es una gran institución, una magnífica institución — dijo el doctor, mientras tomaba la copa de buen vino que el coronel le ofrecía.

—Sí... seguramente... sin él no habría familia... ¡Es una magnífica institución!

El criado, que pasaba con la bandeja llena de copas junto a ellos, tropezó en la mesita sobre la que estaba colocado un precioso jarrón de Sèvres y, sin la rápida intervención del coronel, el jarro hubiera caído al suelo y se hubiera hecho añicos.

—¡Oh, ten cuidado, Walker!... ¡Mira por dónde caminas!... — gritó el coronel enfurecido.

—Lo siento, señor — replicó el negro, que conocía el genio de su amo.

—Haces bien en sentirlo... Si me llegas a romper el jarro te rompo la cabeza...

—Sí, señor — murmuró el negro, siguiendo su marcha entre los invitados.

El coronel cogió el jarro, lo miró con cariño y lo mostró al doctor:

—Es bonito, ¿verdad? Es una obra de arte que pagué muy cara... Sentiría que me lo rompieran...

—Sí... Pero ¿sabes lo que pienso? Que algún día tu mal genio te va a dar un disgusto.

—El día que eso ocurra no te mandaré a buscar a ti para que me cuides... — replicó riendo el coronel, al que le gustaba hacer rabiar un poco a su amigo.

—Ya es demasiado tarde para que cambies de médico de cabeza... Tendrás que acudir a mí... No tendrás más remedio.

—¡Coronel! —dijo uno de los caballeros allí reunidos—. ¡Un brindis antes de despedirnos!

—¡Muy bien! — replicó el coronel, alzando la copa que tenía en la mano—. ¡Por la prosperidad de nuestro país, glorioso en la derrota, galante en la victoria y heroico en la hora del dolor!... Caballeros, ¡por la prosperidad de nuestro

país y la derrota de nuestros enemigos, los odiados yankees!...

Elisabet iba a llevar su copa a los labios, pero al oír aquellas últimas palabras se detuvo, miró en torno con una mirada tristísima y, viendo que nadie se fijaba en ella, dejó sobre la mesa la copa llena... ¡No podía brindar en contra de la raza de su amado!... Luego atisbó por entre las cortinas, mirando con inquietud hacia el jardín, mientras los invitados se retiraban, despedidos con galantería por el coronel, que era el más encantador de los hombres cuando no tenía arranques de mal genio.

Una hora después, Elisabet, en su habitación, vestida con traje de viaje, acababa de hacer los preparativos para su marcha. La fiel criada negra metía en la maleta todos los avíos de la señorita, mientras por su rostro resbalaban las lágrimas.

—¡Oh, señorita Elisabet, no me gusta que se marche usted de ese modo!... ¡Qué dirá el coronel cuando se entere!...

—Cuando papá se enterará yo ya estaré muy lejos de aquí... No llores más... Date prisa, Mombeck.



Yo te prometo llevarte conmigo en cuanto sea posible.

—Sí, señorita...

—Date prisa, date prisa... Papá ya debe dormir... y Jack me está esperando.

Con la vela en la mano Elisabet se acercó a la ventana y la agitó varias veces. Era la señal convenida. Luego miró a la noche y vió allí, en el jardín, una lucecita menuda que hacía la misma señal. Jack estaba allí, esperándola.

—De prisa, de prisa, Mombbeck... hay que aprovechar el sueño de papá.

Pero papá no dormía. El coronel estaba en su habitación escribiendo unas notas, cuando le pareció oír que la arena del jardín crujía bajo un paso cauteloso. ¿Quién podía andar a aquellas horas por los alrededores de su casa? El coronel escuchó y tuvo la certidumbre de que alguien rodeaba la casa. No podía venir con buenas intenciones un visitante que ponía tanto cuidado en sus pasos, ni podía venir a hacer nada bueno a aquellas horas de la noche en las que ya todas las personas honradas estaban encerradas en su hogar. El coronel empuñó una pistola y salió al jardín, sor-

prendiendo a Jack, que estaba esperando a su novia.

—¡Manos arriba, y no intente escaparse... porque disparo! —gritó el coronel, encañonándole una pistola—. ¡Sígame!—ordenó, haciéndole entrar en la casa. Sin dejar de apuntarle con la pistola le preguntó:—Ahora dígame: ¿quién es usted y qué hacía aquí, a estas horas, rodeando mi casa?

—Me llamo Jack Sherman, señor.

—Sherman, ¿eh?... Este nombre no es una recomendación para venir a esta casa... Es un nombre del Norte... Es usted yankee, ¿eh?... ¡Bueno, largo, largo de aquí si no quiere que pierda la paciencia!... ¡O diga pronto quién es usted y qué quiere!...

—¡Jack, Jack, déjame que se lo diga yo!—gritó la voz de Elisabet que bajaba corriendo las escaleras y que con su cuerpo defendió el cuerpo de su amado—. Padre, este hombre será mi marido dentro de unas horas... Sabía que jamás obtendría de ti el consentimiento de unirme a un hombre de su raza... por eso huía...

—Yo hubiera querido hablar con

usted, pedirle en matrimonio a su hija...

—¡Silencio!—impuso el coronel al muchacho. Luego, dirigiéndose a su hija, le preguntó: ¿Y qué era lo que te hacía creer que me opondría a una boda honorable?

—Conozco su modo de pensar...

—Sí, odio a los yankees.

—Por eso no quise decirle nada... por eso disuadi a Jack de que viniera a hablar con usted...

—Entonces sabías que obrabas mal.

—¡Le amo, padre! — exclamó Elisabet cogiendo la mano de Jack.

—¿Cómo puedes amar a un hombre que representa lo que todo verdadero e íntegro hombre del Sur debe odiar?... Un hombre que, probablemente, disparó contra tu padre, contra tu hermano, contra todos nuestros paisanos y amigos... ¿Quién sabe si este hombre fué el que mató a tu propio hermano!...

—Caballero—dijo Jack alzando la frente con dignidad—. Fui un soldado como lo fué usted y como lo fué su hijo... Luché contra el Sur, porque yo era del Norte; pero el Sur ha contado siempre con mi simpatía y mi cariño. Mi madre era de Virginia y me enseñó a amar es-

te país tan bello... Además, caballero, ¿me permite recordarle que la guerra terminó hace mucho, mucho tiempo y que ahora ya todos somos hermanos?

—La guerra no ha terminado ni para mí ni para los míos. Han cesado en los campos las hostilidades; pero siguen en el corazón de todos los buenos patriotas... Usted sabe que de buena gana le mataría... ¡Váyase de mi vista!... Elisabet, sube a tu habitación—dijo, en tono autoritario, el coronel.

—¡No!—contestó con energía la muchacha, sin dejar de la mano a Jack.

—Te mando que te retires a tu habitación.

—He dicho que no, papá... Me marchó con Jack.

El coronel se cuadró, mostró la puerta a su hija y dijo en tono decidido, con resolución enérgica:

—Elisabet, cuando esta puerta se haya cerrado ya nunca más volverá a abrirse para ti.

La joven era terca y decidida como su padre e iba de la mano del amor. No podía tener un desfallecimiento ni podía sentir cobardía. Ella misma abrió la puerta, ella misma arrastró a Jack fuera de la

casa y fueron sus propias manos las que, con un golpe seco y fuerte como su voluntad, cerraron aquella puerta que ya jamás habría de abrirse para recibirla.

El coronel se apoyó en la mesa un momento, como si fuera a dejarse vencer por el dolor. Fué un solo instante de debilidad, de desfallecimiento, de pena. Luego resurgió en él su mal genio, su ira, su orgullo. Cogió el vaso de Sèvres que había salvado de las manos del criado y lo estrelló contra el suelo con toda su rabia.

Fuó aquella la manifestación suprema de su dolor, del agudo dolor

que le producía el abandono de la hija, de su alegría, de la única persona que ponía en su existencia una razón de ser.

Luego dió órdenes a sus criados de que jamás volvieran a nombrar ante él a su hija, hizo desaparecer todo cuanto pudiera recordársela, sin comprender que jamás podría hacer desaparecer de su corazón el recuerdo de su hija, y vivió encerrado en sí mismo, sufriendo él solo la prueba dura y no dejando traslucir de ella nada, con la orgullosa altivez de su carácter indómito que se rebelaba a ser compadecido.

\* \* \*

Seis años habrían pasado desde que Elisabet abandonara la casa de sus padres. Seis años durante los que fué intensamente feliz al lado de Jack, el esposo bueno y dulce, amante y leal que no se separaba

de ella un instante y que la trataba con ternura, con respeto y con apasionamiento. Seis años en los que Elisabet ni por un instante lamentó haber tenido aquel rasgo de firme voluntad que la había empujado



a los brazos de su amado arrancándola de los brazos de su padre.

Al año de matrimonio le había llegado a Elisabet una nena que fué el complemento de la felicidad de aquellos esposos felices entre los felices. Era una chiquilla que, cuidada con el mismo y el amor de su madre y con la disciplina dulce, pero firme, del padre, era, cumplidos los cinco años, un encanto de chiquilla, una criatura perfecta con una personalidad ya fuertemente acusada, en la que había el característico rasgo de los Lloyd: la terquedad, el genio vivo, la voluntad firme, la decisión inquebrantable.

Los esposos Sherman habían vivido algún tiempo en Filadelfia, pero los negocios no marchaban al mismo tenor que el amor. Crecían las dificultades, se amontonaban los inconvenientes, acumulábanse los obstáculos y la vida se iba haciendo para ellos cada vez más cruel.

Jack convenció a su esposa—no le costaba mucho convencerla, porque Elisabet tenía fe ciega en su marido—de que debían vender todo cuanto tenían y marchar al lejano Oeste, donde se encontraba ancho campo para desarrollar una actividad juvenil y en donde, en poco

tiempo, podría construirse una fortuna. Elisabet consintió. Levantaron la casa y partieron, deteniéndose unos días en el fuerte fronterizo, esto es, en la última avanzada de la civilización americana. Más allá era ya el desierto, la tierra en la que los indios se iban reconcentrando, huyendo del contacto de la civilización que acababa con ellos; tierra llena de peligros, pero llena también de magníficas promesas para la juventud ambiciosa y entusiasta.

Había decidido Jack que su mujer y su hijita marcharan al Sur. No podían seguirle a él en la arriesgada empresa. Sin duda tendría que soportar penalidades duras para un hombre, cuanto más para la delicada naturaleza de su mujer y de la chiquitina. Elisabet tenía, cerca de la vivienda de su padre, una pequeña casita que había pertenecido a su madre y que ahora había pasado a su propiedad. Una casita rodeada de jardín, en plena campiña del Sur, con todo el encanto del clima suave y de la lujuriente frondosidad de los campos de aquella región privilegiada. Le había costado un poco a Elisabet aceptar aquella solución para ella. Hubiera profe-



rído seguir a su marido y sufrir su misma suerte; pero por fin había comprendido la temeridad de la empresa y se había resignado, más que por ella, por la niña.

Se detuvieron unos días en el fuerte, para esperar la ocasión propicia de la partida. La pequeña Lloyd, la encantadora chiquilla de los Sherman, logró en aquellos pocos días conquistarse el cariño de todo el batallón allí destacado, haciéndose tan amiga del último de los soldados como del capitán. La criatura no reconocía jerarquías, aunque le gustaba que a ella se la tratase como a un generalísimo.

El día en que los Sherman tenían que partir, el oficial del regimiento preparó una gran despedida a la pequeña Lloyd.

—¡Que forme el regimiento!— ordenó al sargento, que a su vez se apresuró a decir al trompeta:

—¡Toque de formación!

El trompeta lanzó al aire el estridente llamamiento y los soldados acudieron presurosos de todas partes formándose en la más perfecta línea, dispuestos a secundar el juego inventado por el oficial. El sargento pasó revista a sus hombres con la severidad con que lo hubiera

hecho si hubiera llegado el Ministro de la Guerra. Los soldados permanecían rígidos y miraban hacia adelante, sin mover ni cabeza ni ojos, aunque tenían unas ganas muy grandes de volver la cabeza y mirar por el lado por donde apareciera aquel pimpollo de criatura a la que se iba a rendir homenaje en señal de cariño y de despedida.

El oficial compareció ante sus hombres y a su vez pasó revista de ellos antes de dar comienzo a la ceremonia oficial.

Convencido de que todo estaba a punto dió la orden de que compareciera el soldado que iba a ser distinguido ante todo el regimiento.

Caminando tiesa, con una mano a la espalda y la otra metida en la abertura de su chaqueta, como un pequeño Napoleón con faldas, Lloyd compareció ante el oficial y se paró ante él marcando un paso militar perfecto. El oficial se llevó la mano a la gorra y, mientras los soldados presentaban armas, dijo en voz alta, lo bastante alta para que todos pudieran oírle:

—El honor que se os hace, elevándoos al rango de coronel, es a causa de los admirables servicios que habéis prestado en el poco tiem-

po que estáis entre nosotros. Completamente desarmado, sin otros medios de ataque que vuestros encantadores rizos rubios, vuestros ojos dorados y los hoyuelos de vuestras mejillas, habéis capturado a todo un regimiento: el que está ante vos. Y me cabe a mí el honor de entregaros vuestro título, ascendiendo al grado de coronel. A la orden, coronel Sherman —concluyó diciendo el oficial a tiempo que entregaba a la niña un pergamino arrollado y atado con una cinta de brillantes colores.

Tomó la niña, con mucha seriedad, el pergamino, lo desdobló, lo miró y murmuró severamente:

—Está bien; pero no puedo leer esta escritura, que es demasiado pequeña... Y aunque fuera grande tampoco la podría leer, porque aun no sé leer...—concluyó, mirando al oficial y sonriendo con aquella sonrisa encantadora con la que era capaz, no sólo de capturar a un regimiento, sino de capturar a todo el ejército de los Estados.

Los soldados se miraron entre sí y sonrieron, pero el oficial les dio una mirada severa y volvieron a recuperar su posición rígida y seria.

—Puedo aseguraros, coronel, que

todo está en perfecto orden y según la más severa disciplina militar. Desde hoy quedáis nombrado coronel honorario de este regimiento, que está incondicionalmente a vuestras órdenes.

Lloyd fingió retorcerse el mostacho. Había visto que todos los coroneles de todos los regimientos tenían un grueso mostacho sobre los labios y lo retorcían complacidos, y la chiquilla quería hacer igual que hacían los coroneles de verdad.

—Bien—dijo, mirando al oficial con sus ojitos color de miel que eran todo un poema de dulzura cuando miraban riendo, y de energía, cuando miraban enojados—, y ahora que soy coronel, ¿ya no podré jugar con los soldados?

—¿Por qué no?... Podréis jugar todo lo que queráis...

—Bien, pero contigo no... ¿Y los coroneles tienen que marcharse a la cama a las siete?

—¡Oh, eso... eso depende! —murmuró el oficial conteniendo la risa para no ofender a aquel pequeño coronel que cuando se enfadaba tenía las furias terribles—. Alguna vez pueden irse a acostar a las ocho...

—¡Muy bien!... Me gustaría que le dijeras esto a mi mamá...

—Si usted lo ordena, coronel, se lo diremos a su mamá...

—Y ahora quiero mostraros a todos que soy un verdadero coronel —dijo la diminuta Lloyd plantándose firme ante los hombres y gritando con toda la fuerza de su voccecita armoniosa:

—¡Compañía... libres!...

Ningún hombre se movió de su sitio, temiendo que luego el oficial les riñera. La niña dió un fuerte golpe en el suelo con su piececito, se puso furiosa y gritó todavía más fuerte:

—¡Compañía... libres!...

—¿No han oído las órdenes del coronel?—dijo el oficial, haciendo señas a sus hombres para que obedecieran.

Se deshizo el pelotón y Lloyd sonrió contenta. Uno de los soldados la tomó en brazos, la besó en las dos mejillas y la dejó otra vez en el suelo. Otro la cogió de la mano y le preguntó con mucho cariño:

—¿Te gustaría poder mandar siempre a un batallón tan obediente como el nuestro?

—¿Obediente?—replicó la nena,

—No me habéis obedecido la primera vez... Yo sólo quiero mandar a hombres que me obedezcan desde la primera vez...

Elisabet y Jack habían contemplado, con los ojos repletos de ternura, aquella escena que les había emocionado. Cuando vieron desaparecer a Lloyd de la mano del soldado, se acercaron al oficial y le estrecharon la mano, agradecidos:

—Muchas gracias... —murmuró Elisabet, conmovida.

—Estamos tan orgullosos como ella misma —añadió Jack—. Es nuestra hija y nos sentimos halagados de que sepa conquistarse tan rápidamente las simpatías. Le agradecemos mucho, mucho todo cuanto ha hecho por nosotros.

—Ha sido para mí un placer muy grande haberle podido tener a usted y a los suyos con nosotros, aunque ha sido para tan breve tiempo. Lo que siento de veras es que ya se marchen ustedes. Echaremos mucho de menos a la pequeña. Es una niña deliciosa... Pero comprendo que ustedes se han de sentir aquí muy solos... ¡Qué distinto es esto de Filadelfia! ¿No es cierto?

—¡Oh, sí!—exclamó riendo Elisabet—. Hemos vivido allá seis



años... pero nunca he podido acostumbrarme al bullicio de aquella gran ciudad... nunca he podido acostumbrarme al ruido estrepitoso de los tranvías de caballos... A mí me ha gustado siempre más la paz del campo.

—Según nos ha dicho Jack han vendido ustedes su casa y todo su mobiliario...

—Sí, todo lo hemos vendido— contestó Jack—. Era preciso tomar una resolución enérgica y la hemos tomado. Nos aconsejaron que nos fuéramos al Oeste, en donde había buenas probabilidades de hacer fortuna... y aquí nos tiene, dispuestos a vencer... si no nos falta un poco de suerte.

—En el Oeste hay buenas y muchas posibilidades.

—Lo lamentable es tenernos que separar — murmuró Elisabet que sentía una infinita tristeza al pensar que la hora se aproximaba de tener que abandonar al esposo amado y de partir, sola con la niña, hacia una tierra lejana, demasiado lejana de las tierras en donde viviría Jack.

—Señora, el país al que mister Sherman va a marchar no es un país para mujeres delicadas y su-

ves como usted... y mucho menos para niñas como su hijita, de tan tierna edad... Es un país difícil hasta para hombres fuertes... Es mejor que usted regrese a su tierra... Jack me ha dicho que tiene usted allí una casita encantadora.

—¡Oh, es una casita muy pequeña, muy pequeña!... Una casita que mi madre me dejó en herencia y que ha estado deshabitada durante muchos años.

—Señora, le deseo un feliz viaje y que llegue bien a su hogar pequeño, pequeño... Aunque yo creo que no hay hogar pequeño cuando hay en él mucho amor...—dijo el oficial, mirando a los dos esposos con sincera simpatía.

—Gracias... gracias por todo...

Elisabet y Jack se quedaron solos, esperando a la diligencia que debía llegar de un momento a otro y que se la llevaría a ella y a la niña hacia el Sur, lejos de los brazos de su marido, lejos de sus ternuras y de sus cuidados, de su apoyo y de su calor...

Lloyd era la más feliz de los tres. En aquellos mismos momentos se divertía en el interior del fuerte con sus soldados, haciéndoles hacer un ejercicio muy "sui generis",



dándoles órdenes y sintiéndose cada vez más coronel. Para algo le habían dado el elevado cargo. Tenía que mostrar que sabía hacer uso de él.

Fué Swazey quien interrumpió aquel juego. Swazey era el hombre que iba a acompañar a Jack, junto con otros aventureros, hacia las tierras inhóspitas del Oeste y el que le iba a indicar los lugares más fáciles para negociar y hacer fortuna. Swazey era uno de aquellos aventureros que durante la época de la colonización de aquella región, aprovecharon de todas las ventajas sin exponerse a ningún riesgo, porque los riesgos los hacían sufrir a los incautos y a los confiados. Swazey entró en la sala en donde estaba Lloyd con sus hombres y tomó a la nena en brazos.

Por un raro instinto la chiquilla no sentía simpatía por aquel hombre y se encerró en un mutismo receloso.

—¿Qué te pasa, pequeña?... ¡Te estabas divirtiendo mucho!, ¿verdad?... ¿Pero por qué no me contestas?... ¿Se te ha comido el gato la lengüita?...

—¡Déjame, que me haces daño!

—gritó Lloyd queriendo desprenderse de los brazos del hombre.

—No, señorita, no... no te lastimo... ¿No me quieres dar un beso?

—¡No, déjame!—volvió a decir Lloyd con su testarudez innata, mientras se lanzaba en brazos de uno de los soldados y lo besaba y lo abrazaba con toda su voluntad.

En brazos de aquel soldado salió al patio, porque la diligencia iba a llegar y era preciso estar presto para marchar en seguida. Elisabet y Jack se abrazaban y se hacían toda suerte de recomendaciones. Al ver a Lloyd la miraron con cariño y se volvieron a abrazar. Por la pequeña hacían el sacrificio de separarse.

—¿Me escribirás con frecuencia?—le preguntó Elisabet a su marido, volviendo a besarle—. ¿Te acordarás de todas mis recomendaciones?

—Naturalmente, mi vida... Marcha tranquila... No será larga nuestra separación.

—¡Adiós, papá! — murmuró Lloyd que se estaba poniendo un poco triste de tener que dejar a su

buen papá, a su amiguito, al que jugaba con ella tan bien y la quería tanto.

—¡Adiós, cariño! Ahora que ya eres un bravo militar, cuida mucho a mamita, ¿oyes?

—Sí, papá, no tengas miedo, yo la cuidaré muy bien...

Subieron la madre y la niña al coche y Jack vió como partían, sin-

tiendo que el alma se le iba tras aquellos dos seres que eran el tesoro inapreciable de su existencia.

También Elisabet le miró por la ventanilla hasta que le perdió de vista y abrazó muy fuerte sobre su corazón a Lloyd para que fuera la pequeña la que le diera valor en el momento tristísimo de la separación.

\* \* \*

Seis años lentos y monótonos habían caído también sobre la vida del viejo coronel. Seis años durante los cuales habíanse convertido en plata pura los cabellos que comenzaban apenas a blanquear cuando Elisabet dejó el hogar. Seis años durante los que se había encerrado en el más absoluto mutismo, reconcentrándose en su dolor y agriándosele todavía más el carácter. Ya no daba fiestas ni reunía en su casa señorial a todos los aristócratas del

contorno. El coronel vivía solo con sus fieles criados negros, que le querían y no tenían sus bravatas de mal genio, porque sabían que en el fondo el coronel era todo bondad.

Aquellos seis años habían traído también nieve sobre la cabeza de Walter, el ayuda de cámara del coronel, que echaba mucho de menos a la señorita, y Mombeck, la negraza alta y gruesa que había estado tanto tiempo al servicio de la casa

y que había seguido a la señorita en el destierro.

El coronel acostumbraba tomar en la veranda su desayuno y leía luego la Prensa hasta que el sol estaba muy alto y salía entonces a dar un largo paseo a pie o a caballo por sus vastas propiedades.

Walter, como todas las mañanas, fué a servir el desayuno a su señor. A Walter le pesaba el silencio que caía sobre aquella casa desde hacía seis años, y, aunque sabía que al señor no le gustaba la conversación, no podía retener la lengua cada vez que se encontraba ante él.

—Buenos días, coronel—le dijo, a tiempo que dejaba sobre la mesa la leche y la miel, el pan y la fruta—. Hoy hace un día radiante. Buen día para los campos de algodón... Me han dicho en el pueblo que el precio del algodón ha subido... y eso es lo mejor, porque la cosecha promete ser soberbia y nos beneficiaremos todos del alza.

—¡Oh, calla!...—ordenó el coronel de mal talante—. Ya sabes que me molesta tu charla y que no me importan nada esas noticias...

—Sí, señor—contestó muy serio y dando media vuelta Walter—. Le iba a decir a usted algo de la ca-

sita que está en el lindero del bosque... pero comprendo que eso tampoco le interesa.

—¿De la casita?—preguntó el coronel alzando la cabeza y dejando de leer.

—Sí, señor... Han llegado inquilinos esta misma mañana.

—¡Walker!—llamó el coronel al ver que su criado se alejaba dispuesto a no decir ni una palabra más.

—Sí, señor.

—¿Por qué no me cuentas todo lo que pasa? ¿Por qué no me dices lo que ocurre en torno nuestro? Siempre empeñado en guardar un misterioso mutismo para darte tono... Dime, ¿quién dices que ha venido a vivir en la casita?

—No sé quiénes son, señor; lo único que sé es que esta mañana han llegado inquilinos.

—Bueno, bueno, bueno...—murmuró el coronel repiqueteando con los dedos de la mano derecha sobre el dorso de la izquierda—. Esa casa ha estado deshabitada mucho tiempo, mucho tiempo... Desde que... Bueno, creo que tendré que ir a hacerles una visita a nuestros vecinos. Puede que sean gentes amables. Hay que ir a ver qué clase de



gentes son...—murmuró el coronel que se había quedado un poco pensativo.

—Sí, señor. Teniendo vecinos no estaremos aquí tan solos y tan tristes.

—¿Quién ha dicho que estábamos solos y tristes? —preguntó el coronel con mal genio.

—Yo no he sido, coronel—replicó Walter marchando rápidamente antes de que las iras de su amo cayeran sobre él.

—Y si lo estamos... es porque a mí me gusta la soledad—concluyó el coronel, comiendo precipitadamente y sin gana su desayuno.

Antes del mediodía el coronel cogió unas rosas de su jardín, aquellas rosas que él tenía en tanta estima y que reservaba para las grandes ocasiones, y marchó a la casa de los vecinos, a aquella casita pequeña que había sido de su esposa y que ahora pertenecía a su hija. Estaba dispuesto a entablar amistad con los recién llegados. En realidad se encontraba demasiado solo desde... Al coronel no le gustaba recordar el día en que Elisabet había marchado del brazo de aquel yankee separándose de él para siempre, y cada vez que recordaba aquel

día se detenía en el aquel "desde" misterioso que siempre quedaba en suspenso, como una interrogación o como un doloroso recuerdo.

Se sentía casi rejuvenecido al pensar que tendría vecinos con quienes hablar y gentes con las que cambiar impresiones. Vivía ahora rodeado únicamente de colonos, gentes de color, muy buenas, pero de una ignorancia absoluta. Desahaba poder charlar con personas educadas como él y como él instruidas. Por esto se encaminaba contento hacia la casita del lindero del bosque, con su ramo de rosas en una mano y su bastón en la otra. Llegó a ella, se paró un momento para atusarse la barba alba y puntiaguda y arreglarse el plastrón de la corbata, y luego, con el puño de su bastón dió unos golpecitos en la puerta.

Fuó la misma Elisabet la que salió a abrir. En el rostro de la joven hubo un rayo de alegría, de esperanza, de felicidad... En el del viejo, tras un instante de vacilación, brotó la mirada severa del que no perdona ni olvida. El coronel volvió a ponerse el sombrero, volvió la espalda a su hija con un gesto altivo y se alejó de aquella



casa que para él estaba maldita desde aquel momento, arrojando con furia al suelo las rosas que con tanta ilusión había llevado.

Elisabet le vió partir y sus ojos se anegaron en llanto. ¡Era su padre!... ¡Y la repudiaba como si estuviera apestada!... Elisabet había sentido el impulso de arrojarle en los brazos de su padre y pedirle perdón por un pecado que no había cometido... Pero ahora, ante el gesto altivo y severo del viejo, su alma se enderezaba espolcada por el orgullo. Nunca se humillaría delante de su padre...

—Mamá... ¿quién era ése?... — preguntó junto a Elisabet la voccita tierna de Lloyd.

—Era tu abuelo, querida.

—¿Por qué no ha entrado en casa?

—No ha querido entrar...

—¿Ha sido él quien te ha hecho llorar?

—Ya no lloro, mi vida... no te preocupes por eso—murmuró Elisabet besando a su hijita, a su adorable hijita que la miró con sus ojos ingenuos y no quedó muy satisfecha de la contestación de mamá, porque dijo en tono severo y amenazador, encarándose con el re-

trato del abuelo que presidía el pequeño saloncito:

—Eres un hombre malo, porque haces llorar a mi mamá...

Luego corrió a la cocina. Lloyd era muy amiga de Membeck, la gran negraza que adoraba a la chiquilla y que entró muy a gusto al servicio de Elisabet. Le tiró de las faldas para llamarle la atención y le preguntó:

—¿Por qué el abuelito no ha querido entrar a ver a mi mamá?

—Hija, porque él está furioso contra tu mamá... y creo que tu mamá está furioso contra él...

—¿Por qué?—insistió Lloyd con esa terquedad de los pequeños que no se cansan en sus interrogaciones.

—Tu abuelo se puso furioso cuando tu mamá se casó con tu papá... y la furia aun le dura.

—Pero el abuelito es el papá de mamá, ¿verdad?—preguntó Lloyd.

—Naturalmente—contestó la negraza riéndose de la pregunta.

—¿Y pueden los papás no querer a sus hijas?

—Claro que pueden.

—Esto me parece a mí muy raro.

—¿Sabes por qué? Porque todos los Lloyd son muy testarudos... El

viejo coronel es testarudo, y tu mamá es testaruda... y tú también eres testaruda.

—¡Yo no soy testaruda, ea! — gritó la pequeña descargando en el suelo un fuerte golpe con su diminuto pie demostrando con aquel gesto que Mombeck tenía razón—. No soy testaruda y no quiero que me vuelvas a llamar así.

—No importa que des pataditas en el suelo y que me grites... eso no prueba nada más que yo tengo toda la razón—dijo la negra dulcemente, mirando con cariño a la nena... Vamos a ver, dejémonos de regañar y dime una cosa, ¿qué prefieres?... ¿seguir enfadada conmigo o ayudarme a cocinar?

—Prefiero ayudarte a cocinar—replicó la nena sonriendo con aquella cautivadora sonrisa que se conquistaba todas las voluntades.

Mombeck le dio un poco de harina y agua para que se entretuviera batiéndola y ella siguió haciendo las tortitas que gustaban mucho a Lloyd y que eran, por el momento, todo el lujo que se podían permitir dentro de la estrechez de medios que tenían que soportar a causa del estado de los negocios del marido.

Elisabet entró en la cocina y así sorprendió a Mombeck y a su hija. Les sonrió a las dos y le dijo a la negra:

—Mombeck, hoy vendrá tía Sally Tyler a comer... ¿Habrá bastante comida para todos?

—No sé si podré hacer crecer un pollo más pequeño que un palomito... —replicó Mombeck mientras daba vuelta al aludido pollo—. Pero mientras haya agua en el grifo no se apure la señora, que no faltará sopa...

—Haz lo que puedas, Mombeck. Quiero que tía Sally quede contenta de nosotras.

—Sí, señora, se hará lo que se pueda.

—Mi vida, no comas ahora esas tortas. Te van a quitar el apetito... Ya las comerás para postre—dijo Elisabet al ver que Lloyd se iba a llevar a la boca una de aquellas tortitas que eran su plato favorito.

Lloyd obedeció. Era una niña dócil cuando se la trataba con amor, pero indómita cuando se le quería imponer por la fuerza algo que le disgustara.

—Mamy, ¿tía Sally es tía mía también o es sólo tía tuya?

—Es tu tía abuela, querida, porque es hermana de mi mamá.

—¡Ah, sí!... ¿Es aquella señora que está tan gorda, tan gorda?

—Tienes que estar muy cariñosa con ella, Lloyd, y ser muy educada para que no pueda decir que eres una niña caprichosa. Tía Sally es muy buena. Viene desde Louisville únicamente para vernos...

—Sí, mamá, seré muy buena—contestó Lloyd besando a su madre.

Luego se acercó otra vez a Mombeck, le volvió a tirar de la falda, porque la negra estaba muy atareada haciendo la comida, y le dijo:

—Mombeck, cuéntame un cuento de color de rosa.

—Ahora no puedo, querida... Te lo contaré si no fueras una niña tan exigente. Pero cuando pides un cuento color de rosa todo ha de ser de color de rosa, y cuando pides un cuento azul todo ha de ser de color azul... No, ahora no tengo tiempo... Podría contarte un cuento negro... de mi primer marido... pero es mejor que te vayas a jugar al jardín con May Lilly.

—Muy bien—replicó Lloyd, encaminándose hacia la puerta que

daba al jardín, pero deteniéndose junto a la mesa en donde estaban las tortitas, para coger una.

—¡Eh!... ¡Como te vea yo coger una torta! — exclamó Mombeck amenazándola.

Lloyd miró a la negra que se había vuelto a abstraer en el condimento de la comida, pero que vigilaba por el rabillo del ojo a la niña. La nena, creyendo que la negra no la veía, tomó dos tortas y salió de puntillas, echando a correr en cuanto se vió en campo libre. Mombeck soltó una carcajada y exclamó:

—¡Suerte tienes de que no te he visto!...

La niña fué a reunirse a May Lilly, una negrita de doce años que era su compañera de juegos y que iba siempre acompañada de su hermanito, Henry Clay, un crío de cuatro o cinco años del que May era niñera porque sus padres se pasaban el día trabajando en los campos de algodón. May Lilly, como todo el mundo, quería mucho a Lloyd y sentía que aquella diminuta criatura estaba cien codos por encima de ella, con toda su estatua de muchacha que ha crecido antes de tiempo y que con cara de ni-



ña y mentalidad infantil tiene ya estatura de mujer. Lloyd les contaba siempre cuentos espeluznantes, de los que ella se hacía la protagonista.

—...y ya sólo me quedaba una bala, y la puse en mi pistola y disparé... y maté a los tres indios—decía Lloyd, que marchaba al lado de sus dos amiguitos que la escuchaban con la boca abierta.

—¡Oh, señorita Lloyd!... ¿Y tuvo usted valor para hacer esto?—preguntó Ma y verdaderamente asombrada.

—No, tanta... esto es sólo un cuento... Y no quiero que me llames señorita Lloyd, quiero que me llames coronel.

—¿También es usted coronel?

—Sí, coronel de verdad... Y esto no es una historia. ¡Soy coronel!

—No puede ser... Usted no puede ser coronel.

—¿Por qué no?

—Porque no tiene bigotes.

—No necesito tener bigotes para ser coronel; me basta con mi mal genio... Es todo lo que necesita un buen coronel—dijo Lloyd con suma seriedad.

—Esto puede ser verdad, porque

todos los coroneles que yo he conocido tienen mal genio—dijo May Lilly reflexionando—. Pero espero que no tendrá usted tan mal genio como el coronel que vive en la hacienda, en esa gran casa... Si fuera usted como él yo no jugaría nunca más con usted, porque me daría miedo...

Lloyd echó a correr. Le había llamado la atención la cantidad de flores que había en el jardín de casa de su abuelo y fué a buscarlas, comenzando a cortar las más bellas, con gran terror de May, que le gritó:

—No las toques, Lloyd, no las toques... ¡Son del coronel!

—Nosotros no tenemos miedo del coronel—replicó Lloyd con su infantil testarudez.

—¿Quién no tiene miedo?... Tú quizá no lo tengas, pero yo sí...—murmuró May, acercándose asustada.

—Mira, escuchame, May, y tú también, Henry. Ahora vamos a jugar a soldados. Yo seré el coronel y vosotros mis hombres y, como en el ejército, tenéis que obedecer siempre mis órdenes. Ayudadme a coger flores.

—Me parece que no me va a gus-

tar estar en la milicia—dijo May, siempre recelosa de las iras del viejo coronel.

—A mi mamá le gustan mucho las flores y éstas son muy bonitas. Vamos a coger un ramo muy grande... Tú las llevarás, Henry, toma... Ahora, ¡formen!... ¡marchen!... ¡uno, dos! ¡uno, dos!—dijo Lloyd marchando al frente de sus hombres marcando el paso.

A Henry se le iban cayendo las flores por el camino, dejando como una estela de su paso, como una prucha irrefutable de su pecado...

Lloyd se olvidó de las flores al ver el barro formado alrededor de una fuentequilla del jardín.

—¡Oh, May, ven, ven, que haremos tortas de barro!... ¡Verás qué divertido! Se coge el barro y se amasa bien; luego se le ponen unas chinitas que figuran las pasas y por último se le echa por encima un poco de arena que es el azúcar... ¿Verdad que quedan bonitas?

—¿Quién ha cogido mis flores?—gritó la voz airada del coronel que había hallado varias rosas esparcidas por el suelo y que, siguiendo aquella huella, llegaba junto a los niños.

May y Henry se levantaron pres-

tos y echaron a correr antes de que el coronel pudiera alcanzarles con su bastón y Lloyd no había aún tenido tiempo de volver su cabecita dorada, cuando el coronel la dió unos golpes con su palo y la preguntó:

—¿Qué diablos haces ahí?

—¡No me toque con ese bastón viejo y feo!—replicó Lloyd poniéndose en pie y encarándose con el coronel y arrojándole un puñado de barro, con todo su coraje.

—¿Qué?... Mejor sería que aprendieras a tener un poco más de respeto a tus mayores.

—No respeto a nadie que sea capaz de pegarme...—contestó Lloyd con el ceño fruncido.

—¿Sabes que para ser tan pequeña tienes muy mal genio?—le dijo el coronel dulcificando su expresión y contemplando a aquella chiquilla encantadora que le desafiaba sin miedo ninguno.

—Si tengo mal genio es por su culpa—contestó Lloyd.

—¿Por mi culpa? ¿Qué estás diciendo? ¿Quién eres tú?

—Me llaman la pequeña coronela.

—¿Y por qué diablos te dan ese nombre estafalario?

—Porque me parezco mucho a usted—replicó la niña sin cortarse ni vacilar.

—¿Que te pareces a mí? ¿Y en qué te pareces?

—En que tengo tan mal genio como usted, y sé pegar fuerte en el suelo con mi pie cuando me enfado, y me pongo muy colorada cuando estoy furiosa, como usted... y también sé pegar a la gente cuando tengo un paño en la mano...

—¡Vaya, vaya con la niña! —murmuró el viejo coronel acariciando aquella cabecita ensortijada y rubia—. No sé quién es tu mamá, pero haría bien en educarte mejor y en dominarte ese geniecillo de fiera...

—¡No diga nada malo de mi mamá!—gritó furiosa la pequeña.

En aquel momento llegaba Mombeck que andaba buscando a la chiquilla y el viejo coronel se encaró con ella para preguntarle:

—¿De quién es ese diablillo?

—¿Cómo quiere que se lo diga si nos tiene prohibido que pronunciamos su nombre?

—Soy Lloyd Sherman —dijo la nena, mirando fijamente al coronel.

—¿Lloyd Sherman? —repitió el viejo nublándosele la expresión y

retirando la mano con que acariciaba la cabecita de oro de Lloyd.

—Vamos, vamos, querida, que mamá te espera y está intranquila por ti —dijo Mombeck, tomando a la niña en brazos.

El coronel sonrió a Lloyd. La carita de su nieta le había conquistado y le había conquistado el geniecillo indomable de la pequeña que era el rasgo característico de su raza.

—Perdón... yo no sabía... —murmuró, quitándose el sombrero y saludando a la nena que agitó en el aire sus manitas y le dijo, sonriéndole con cariño:

—No importa, no importa, abuelo... ¡Adiós, abuelito!...

El coronel vió como Lloyd se alejaba y hubiera querido retenerla junto a sí... pero volvió a hablar en él el orgullo y, volviéndose a los otros negritos que se habían acercado a contemplar la escena, gritó furioso:

—¿Qué hacéis aquí, pasmados?... ¡Largo, largo de ahí!...

Les amenazó con su bastón y siguió el camino de su casa sin volver la cabeza para no ver a la nena que le había cautivado por fiera, por simpática, por decidida... y



porque era su nieta, carne de su carne, la continuación de su estirpe... Pero el coronel no quería de-  
jarse vencer a costa de tan poca cosa. Tenía demasiado orgullo para ello.

\* \* \*

Elisabet estaba con su tía Sally en la pequeña terraza de su casa. Tenía en sus manos una carta de Jack que, como le había prometido al despedirse, le escribía con toda la frecuencia que le permitían la irregularidad de los correos y la distancia de los países en que él y ella se encontraban. Elisabet leyó en voz alta algunas frases:

"Trabajo mucho y espero que pronto obtendré el éxito de mis afanes. Trabajo con el pensamiento puesto en ti y en nuestra hija. Con la ayuda de Dios lograré vencer y entonces ya no nos tendremos que separar más."

Elisabet se detuvo en la lectura, sonrió dulcemente y dijo a su tía:

—Lo demás ya no tiene importancia... son cosas particulares.

—Está bien, querida... entre esposos siempre hay cosas particulares que decirse.

Pero en aquella parte de la carta estaba acaso lo más importante de ella. Jack escribía a su mujer:

"Ya sé que debes tener muy poco dinero y que debes pasar apuros pecuniarios; pero te ruego que hagas todas las economías que te sea posible mientras yo intento abrirme aquí paso. Ten fe y espera. Pronto acabarán nuestras angustias."

Elisabet era digna hija de su padre. El orgullo le sellaba los labios y no quería confesar su pobreza, su miseria casi. Mientras su padre vi-

vía en la hacienda magnífica, rodeado de todo el lujo y el confort, sin que nada faltara a su mesa, ella tenía que vivir privándose casi de lo necesario. Pero hubiera preferido morir antes que confesarse vencida y hubiera preferido morir antes que ir a pedir auxilio a su padre, a aquel hombre de hierro que no había logrado perdonar en aquellos seis años de ausencia y de soledad.

—Mira, ¿no es Lloyd aquella nena que viene en brazos de Mombeck? —preguntó tía Sally viendo llegar a la gruesa negra llevando a Lloyd que estaba casi tan negra como ella, con las manitas llenas de barro y el vestido sucio y la carita salpicada de aquel lodo con que había confeccionado antes las riquísimas tortitas.

—¡Hija, pero qué es eso!—exclamó Elisabet al ver a su hija en aquel estado.

La nena se acercó a ellas y saludó con su graciosa sonrisa:

—¡Hola, mamá; buenos días, tía Sally!...

—¿Pero qué es eso?... ¿Dónde te has metido?

—Estaba con el abuelito — replicó Lloyd con naturalidad.

—¿Con abuelito?—preguntó sorprendida Elisabet.

—Sí... y le he tirado barro a la cara, por malo.

—¡Hija!... ¿Le has arrojado barro a tu abuelo?

—Sí; pero no le he alcanzado la cara... Sólo le he manchado el vestido.

—Pero... ¿por qué has hecho esa cosa tan fea?

—Porque él me ha pegado con su bastón... Y luego él se ha puesto furioso y yo me he puesto furiosa y nos hemos peleado.

—¡Criatura!... ¡Cómo has sido capaz de!... ¡Oh! ¿Cómo te has atrevido a ir hasta la casa de tu abuelo y rondar por allí como una pobre pedigüeña?

—Yo no le he pedido nada al abuelito — afirmó la niña con aires de princesa, llena de dignidad y de altivez.

—Mamá está muy disgustada contigo, Lloyd... Has sido una niña mala y tengo que castigarte para que no olvides que una nena debe siempre respeto a sus mayores... Mombeck, llévate a Lloyd, dale un baño y acuéstala, en castigo de lo que ha hecho.

La nena se alejó de la mano de

Mombeck, con una carita muy compungida, pero sin llorar. Lloyd no lloraba nunca cuando la regañaban. Era demasiado altiva para demostrar que la habían herido.

Elisabet se quedó en silencio, mirando a lo infinito, apesadumbrada por tantas cosas que caían sobre ella, pobre criatura acostumbrada al bienestar y a los mimos de la casa paterna y que ahora tenía que hacer frente a una vida dura. Aquel episodio de su hija con su padre había acabado de entristecerla y preocuparla seriamente.

—¿Qué te pasa, Elisabet? — le preguntó tía Sally mirándola fijamente.

—Estoy seriamente preocupada... Lloyd ha hecho muy mal de ir hasta la casa de mi padre. Por nada del mundo quisiera que pensara que soy yo la que la mandó allí.

—¡Ah, comprendo!... Pero, hija mía, creo que tu deber es deponer esa actitud altiva y buscar apoyo en tu padre... No has de pensar únicamente en ti, sino en tu hija... y tu hija necesita de su abuelo... No puedes olvidar que los intereses tuyos son los intereses de tu hija y que tienes obligación moral de velar por ellos.

—No me importa el dinero... no lo necesito. No quiero nada que pueda venirme de él, después de haberme arrojado del hogar sin motivo alguno.

—Comprendo, comprendo, querida... Tienes el orgullo de los Lloyd y nadie podrá corregirte de él. Pero a pesar de eso sigo diciéndote que debes acordarte de tu hija y que, en lugar de prohibirle que vaya a casa de su abuelo, deberías dejarla que se acercara allá con frecuencia, siempre que a la chiquilla se le antojara... Si el abuelo entraba en relaciones con esa criatura encantadora, ¡quién sabe!, quizás lograría ella que reinara de nuevo la paz entre vosotros.

—¡Nunca!... Ni papá me perdonará que me haya casado con un yankee ni yo le podré perdonar jamás todos los insultos que le dedicó a Jack aquella noche terrible...

Tía Sally no quiso insistir. Conocía desde hacía muchos años el temperamento de los Lloyd y sabía que era inflexible. Nada lograría doblegar aquellas voluntades contrapuestas. Y la nenita prometía tener un temperamento todavía más firme y más duro que el de su madre y el de su abuelo. Pero tía Sally



tenía la ligera esperanza de que la misma nena fuera por fin el lazo de unión entre el padre multimillonario y la hija que se debatía en la miseria... (Tía Sally era mujer — y mujer quiere decir intuición y perspicacia — y había visto pronto el talento que Elisabet ponía en manejar la casa dándole apariencias de esplendor a las estrecheces económicas por las que tenía que pasar). Si la voluntad de la chiquilla derivaba a ir a jugar todos los días al jardín de su abuelo... ¡quién sabe!... Tía Sally estaba segura de que todo tendría todavía arreglo, porque en el mundo nada es irremediable más que la muerte.

Entretanto Lloyd se había acostado, triste de no haber podido recibir el beso que su mamá le daba todas las noches, pero lo bastante terca para no humillarse a ir a pedirselo... Mañana... mañana sí que correría a sus brazos y le pediría perdón y le daría muchos, muchos besos, porque Lloyd era altiva, pero no era rencorosa y además su mamá era muy buena y ahora estaba muy apenada de haberla hecho enfadar.

Mombeck la había bañado y la había acostado en su camita, arro-

pándola bien. Luego se sentó junto a la cabecera de la cama y comenzó a cantarle una de aquellas canciones de su raza, impregnadas de melancolía y de dulzura. Cuando ya le pareció que estaba dormida le dio un último beso en la frente, casi sin tocarla para que no se despertase y luego se puso en pie y, de puntillas, iba a salir de la habitación, cuando la nena se incorporó en el lecho y se quedó en él sentadita, mirando a Mombeck y riendo con todas sus ganas porque la había engañado.

—¿No estabas dormida? ¡Grandísima pillastrona!... ¡Has engañado a Mombeck!... Pero oye, querida... si no te duermes en seguidita no vendrás mañana conmigo a los bautizos. Ya sabes que es una fiesta muy bonita; pero allí sólo pueden ir las niñas buenas que se duermen pronto.

Lloyd volvió a acostarse al oír aquellas palabras, se arrebujó bien entre las sábanas y apretó mucho sus ojitos para que el sueño viniera pronto a ellos. Al poco rato dormía de veras, con el sueño apacible y divino de la infancia, que no tiene preocupaciones ni conoce las cosas malas de la vida que puebla de pe-

sadillas y de inquietudes los sueños de los mayores. Mombeck la contempló con ternura y murmuró:

—Pareces un ángel... Nadie adivinaría en ti, viéndote ahora, que eres un pequeño diablillo con faldae...

Luego apagó la luz y salió de la habitación con sumo tiento para que aquel angelito rubio y encantador no se despertara.

A la siguiente mañana Mombeck, después de haber obtenido el consentimiento de Elisabet, se llevó con ella a la niña para ir a ver los bautizos que se celebraban en la orilla del río, a campo abierto. Era una ceremonia a la que acudían todos los negros del contorno, entonando sus himnos sonoros, de dulce y melancólica armonía. Los neófitos iban envueltos en grandes sábanas blancas, penetraban en el río acompañados de los sacerdotes y, entre los cantos de los creyentes se sumergían por entero en el agua del río seguros de que así quedaban para siempre lavadas sus culpas.

Mombeck marchaba por el bosque llevando de la mano a Lloyd cuando se encontraron con Walker que también había obtenido de su

amo permiso para asistir a la ceremonia.

—Buenos días, señorita Lloyd... —dijo el viejo negro, quitándose el sombrero ante la niña, en señal de respeto hacia la nieta de su señor—. Buenos días, hermana —añadió, mirando con una gran sonrisa toda blaucura en el rostro negro a la gruesa Mombeck.

—Buenos días, hermano Walker —contestó Mombeck, saludando al criado con aquella ceremonia ritual entre los negros en un día de gran festividad como era el día de los bautizos.

—Eso sí que ha sido una mera coincidencia... —murmuró Walker, no queriendo confesar que llevaba allá más de media hora esperándolas.

—Sí, mera coincidencia... —afirmó Mombeck con ironía, mirando a Walker como si quisiera darle a entender que ya comprendía lo que era la coincidencia de haber querido esperarlas.

—Bueno, bueno, bueno... ¿Y cómo está la señorita Elisabet? —preguntó Walker, cogiendo de la otra mano a la niña y marchando con ellas dos camino del río.

—De salud muy bien; pero creo



que encuentra mucho a faltar al señorito Jack. Hacía bien el señorito en volver pronto a casa si no quiere que su mujer se le evapore de tanto llorar la ausencia.

—Cuando se ama las ausencias son muy malas.

—Y cuando no se tiene di...— Mombeck se contuvo y dando una expresiva mirada a la niña concluyó diciendo, para que la chiquilla no la entendiera— *d-i-n-e-r-o*, ¿comprendes?

—¿Qué quieres decir?... ¡Imposible!... ¡La señorita no puede estar sin...—también Walker se detuvo mirando a la nena y deletreó la palabra— *p-l-a-t-a*!

—Pues está sin *c-o-b-r-e*...—deletreó Mombeck para dar a entender que la miseria más absoluta comenzaba a reinar en la casa.

—¡Eso es terrible!... ¿No crees que el *c-o-r-o-n-e-l* podría ayudarla?—preguntó Walker deletreando siempre la palabra que no querían dar a entender a la niña que les miraba ya a uno ya a otro con unos ojitos pícaros como si pensara que aquel par de negros se habían vuelto locos.

—La señorita Elisabeth no aceptaría jamás nada de él... Antes pre-

feriría marcharse a una *piojera*...

—¿Una piojera?—preguntó Walker sin entender.

—¡Qué ignorante eres, hermano Walker!... Quiero decir a un Asilo.

—¡Ah!...—murmuró Walker.

Caminaron un rato en silencio y de pronto, Lloyd, que no había desplegado los labios en todo el camino, preguntó, tirando de la mano de Mombeck:

—Mombeck, ¿qué es un Asilo?

—Un Asilo es el lugar donde se manda a los pobres muy pobres que no tienen dinero para poder vivir.

—¿Es bonito?

—No, querida... Es un lugar muy feo. La gente va vestida con un uniforme pobre y comen pan negro en lugar del buen pan dorado que comemos nosotros.

—Entonces, no quiero que mi mamá vaya a esa casa...—dijo la nena con acento triste.

—¿Qué dices, criatura!—exclamó Mombeck, mirando a Walker con extrañeza, sin explicarse cómo había podido comprender la chiquita toda la conversación sostenida con tantas precauciones—. Tu mamá no tendrá que ir nunca a un asilo. Nosotros no dejaríamos que esto sucediera... ¿No es verdad, herma-



no Walker, que nosotros haremos cuanto podamos para ayudar a la señorita Elisabet?

—Naturalmente — afirmó Walker, convencido de lo que decía.

Habían llegado a la orilla del río donde estaba ya congregada la multitud. Los himnos se elevaban en el aire nítido de la mañana como una férvida plegaria de fe y de amor. Todos cantaban, sentados en el suelo con las piernas cruzadas y elevando al cielo las manos para implorar la misericordia del Altísimo. En el centro del río, de escasa profundidad y corriente tranquila, se encontraban los que iban a recibir el bautismo. Iban envueltos en las grandes túnicas blancas y, cada vez que el coro entonaba jubilosamente: "Aleluya", se sumergían por completo en las aguas claras y transparentes con la fe ciega del que cree y del que espera.

Lloyd contempló con mucha atención la escena y escuchó aquel coro delicioso que formaban las voces de los negros, afinadas y suaves. Le gustaba todo aquel ceremonial que ella no había visto nunca y le hubiera gustado meterse en el río para lavar también sus pecados, que le parecían monstruosos. Se acordaba

de Lloyd de lo que había hecho al abuelito el día anterior y de cómo se había enfadado su mamá.

Cuando regresaban a casa, Lloyd, que iba cogida de la mano de los dos negros, preguntó a la doncella:

—Mombek ¿por qué remojan tantas veces a las mujeres en el río?

—Para lavarlas de sus pecados y salvar sus almas.

—¿También mis pecados se lavarían de esa manera?

—Querida, tú no tienes pecados. Tú eres un ángel bueno.

—Bueno, pero si tuviera pecados, ¿los podría lavar en el río?

—Sí, mi vida. Si entrabas en el río con intención de purificar tu alma y tenías fe.

—¿A ti no te han dado nunca ningún chapuzón, Mombek?

Walker soltó una carcajada y dijo con la boca llena de risa:

—Un riachuelo como éste no es bastante para lavar el alma de Mombek... ¡Necesitaría el Mississippi, por lo menos!...

Mombek fingió enojarse y se llevó a la niña por otro camino para que aquel perverso no pudiera decir en contra de ella más cosas feas.

Poco rato después Lloyd jugaba

con May Lily y Henry Clay a los bautizos. Había entrado en la casa de su abuelo aprovechando un descuido y había cogido las dos sábanas de su cama para envolver a May Lily y a Henry Clay. Ahora, con todo el aparato, estaban en la fuente-cilla del jardín del abuelo que formaba un pequeño estanque, y metidos los tres en él se divertían mucho jugando a los bautizos. Para algo había mirado Lloyd con tanta atención la ceremonia.

—Si el coronel sabe que le hemos cogido las sábanas nos va a bautizar de veras—decía May, que le tenía más miedo al coronel que a un lobo.

—¿No te he dicho mil veces que mis hombres no han de tener miedo de nada?—murmuró Lloyd que iba también envuelta en un pedazo de sábana—. Yo también soy coronel y puedo desafiar a ese coronel del mal genio... Anda, vamos a jugar... ¿Estáis a punto? Bueno, pues el primero en lavar sus pecados será Henry. ¿Crees firmemente que tus pecados serán lavados?

—Sí—contestó el pequeño, que se divertía mucho con el juego.

—Bueno, pues, una, dos y tres...

Entre las dos chicas dieron al pe-

queño un solemne chapuzón. Henry se refa y pidió que se lo hicieran otra vez, porque sus pecados no estaban lavados del todo. La ceremonia se repitió y así les sorprendió el coronel. May y Henry echaron a correr con toda la fuerza de sus piernas, pero Lloyd salió del agua y se acercó al viejo:

—¡Hola, abuelito!...

—¿Qué estabais haciendo metidos ahí dentro?—preguntó el abuelo, sonriendo a aquel angelito que le saludaba con tanta gracia.

—Bautizábamos a Henry Clay.

—¿Bautizabas a Henry Clay?

—Sí, abuelo... y debía tener muchos pecados, porque lo hemos tenido que remojar dos veces...

—¿Pero, criatura!... ¿Ya ves cómo vas?... Empapada en agua y lodo, sucia, desarrapada... ¿Cuándo lograré verte limpia y fresca como una rosa, como debe ir siempre una niña como tú? Ven, ven conmigo...

—¿Dónde vamos, abuelito?

—A casa, a que se sequen tus vestidos. No quiero que vayas a pillar una pulmonía... ¡Qué chiquilla más traviesa!... Anda, vamos, vamos.

El coronel la cogió de la mano y marcharon hacia la casa. Antes de



—...si yo tuviera veinte años menos te robaría a tu hijo—dijo el doctor.



—He dicho que no, papá... Me marcho con Jack.





—No será larga nuestra separación.



—Sí, papá, no tengas miedo, yo la cuidaré muy bien...



—¿Crees firmemente que tus pecados serán lavados?



...le echó los brazos al cuello...



—Esta canción era la preferida de tu abuela.



—No está bien dicho insiño, ¿verdad?





—Abuelito, ¿tú sabes historias azules?



—(No sabes ni saludar)



—Eres una auténtica Lloyd, querido.



Cuando Lloyd salió vestida con sus pobres vestidos el coronel no pudo reprimir un gesto de amargura.



—¿Qué diablo es este niño?—gritó el coronel.



...se le llenaron los ojos de lágrimas al ver que la niña dormía abrazada a su perro.





—¿No quieres hablarme, coronela? Tendrías que estar contento de ver a tu viejo amigo.



—¿Qué diablos estás haciendo aquí, abuelito?

llegar a ella Lloyd se detuvo y le hizo un gesto a su abuelo para que se acercara a ella.

—Abuelito...

—¿Qué pasa?—preguntó el coronel poniendo su rostro a la altura del rostro de la niña.

Lloyd le echó los bracitos al cuello, le abrazó con ternura y le besó en la mejilla mientras le decía con mucho mimo:

—Abuelito, estoy muy arrepentida de haberte tirado barro el otro día y de haberme puesto furiosa contra ti, y... y de haberte cogido las sábanas de tu cama para bautizar a Henry Clay...

—¿Que me has cogido las sábanas?—gritó el coronel a punto de ponerse furioso otra vez.

—Sí abuelo... y una la he partido en dos, porque no nos alcanzaba...

El coronel no quiso contestar. Aquel ángel tenía naturaleza de diablillo... ¡Pero era un diablillo tan encantador!...

La llevó arrastrando casi hasta la casa y dió orden a la cocinera, a María, a la negra que estaba al servicio del coronel desde que se había éste casado y que le quería como a un hijo, a pesar de todo su

mal genio, de que secara los vestidos de aquella damita que venía mojada como un pez.

—Está bien, señor—replicó la criada—, ¿pero qué le pongo mientras sus vestidos se secan? No tengo ropa de niña.

El coronel reflexionó un momento y se decidió por fin:

—Walker, sube al desván y dentro del pequeño baulito encontrarás ropa de niña, bájala y que se la pongan a la señorita Lloyd.

—¿En el baulito del desván?—preguntó Walter abriendo unos ojos tamaños.

—Sí... ¿no me has entendido?... ¿O es que hablo en chino?

—No, señor.

—Entonces, sube al desván y haz lo que te digo—mandó el coronel dejando a Lloyd en la cocina y marchando él al salón, a reflexionar en muchas, muchas cosas pasadas que ahora lamentaba hubieran pasado... aunque no se lo confesaba a él mismo porque el orgullo le impedía hablar francamente a su corazón.

—¿Ya sabes de quién era esta ropita?—preguntó Walter entregando a María todo lo que del baulito había sacado.

—¡Claro que lo sé!... Pero ahora

largo de aquí, que no queremos hombres en la cocina.

—Bueno, bueno, con tu cara... no tienes mucho que temer de los hombres—dijo Walter a María, bromeando—. En cuanto la señorita esté vestida vendré a verla.

La señorita no tardó en estar vestida con aquellos trajes que habían sido de su mamá según la moda de hacía más de veinte años, con el pantaloncito saliendo de la amplia falda, el escote redondo mostrando los hombros blancos y tiernos de la chiquilla y la capotita bajo la que se escapaban los rizos de oro, los rizos rubios como menses en junio. María contemplaba a la nena sin saciarse.

—Eres el mismo retrato de tu madre, criatura; sus mismos cabellos rubios, su mismo cutis sonrosado, su misma boca jugosa y fresca...

—¿También tenía mi mamá tan mal genio como yo?

—Sí, también... todos tenéis el mismo genio rabiosillo y tenaz...

—¡Encantadora!—exclamó Walker que entraba a ver a la señorita.

—Me rejuvenezco de veinte años viéndola... ¡Hace tanto tiempo que

no ha habido en casa ninguna niña!

—¿Dónde está el abuelito?—preguntó Lloyd que quería conquistarse al viejo coronel—. Voy a darle una sorpresa.

—Está en el salón... ¡Gracias a Dios que esta casa ya no estará tan sola como hasta ahora!—exclamó Walker viendo como Lloyd corría en busca del abuelo.

Cuando Lloyd entró en el salón el coronel estaba sentado ante el piano tocando melancólicamente viejas canciones que le traían el recuerdo de otros tiempos. Lloyd le miró, caminó de puntillas para que no la oyera, se acercó al arpa que dormía en el rincón donde Elisabet la había dejado aquella noche de su fuga con Jack, y con sus manitas tiernas, con sus manitas suaves, arrancó al arpa un largo quejido que hizo volver al coronel la cabeza con sobresalto. ¡Aquellas cuerdas no habían vuelto a vibrar desde aquella noche!... En el corazón del abuelo los recuerdos se despertaban más pujantes y sintió que algo muy tierno se le subía a la garganta y le humedecía los ojos.

Lloyd se apoyó lentamente en el arpa y con su voccita de niña en



tonó aquella misma canción que su madre había cantado la noche, la noche fatal en que por un gesto de orgullo invencible el padre le había mostrado la puerta y ella la había cerrado tras sí, dejándolo todo para seguir el dictado imperioso de su corazón de mujer.

—Cuando el tiempo pase, cuando la belleza se habrá marchitado y el corazón estará adormecido por el paso de la vida, mis sueños serán siempre amor... siempre amor. Porque el amor es el único sentimiento que no muere... Acaso cantarán nuevas esperanzas en mi alma; acaso otras ilusiones querrán venir a arrebatarme la bella ilusión primera... Pero nunca, ¡oh nunca!... hallaré en mi camino una cosa tan bella como el ensueño del primer amor.”

El coronel había escuchado silencioso y emocionado aquella canción que la nena cantó con sentimiento y profundidad, como si comprendiera el sentido de las palabras. Cuando terminó la cogió en brazos y la besó con cariño, como hacía veinticinco años que no había besado.

—Esta canción era la preferida de tu abuela—dijo el coronel, lle-

vando a la niña hasta frente al gran retrato de la abuela.

—Ya lo sé. Mi mamá me la enseñó... No está bien dicho enseñó, ¿verdad?

—No, cariño, se dice enseñó...

—Bueno, pues eso... mamá me la enseñó—repitió Lloyd haciendo un esfuerzo para pronunciar bien aquella palabra que se le rebelaba—. ¿Cómo se llamaba la abuelita?

—Amantia.

—¿Amantis? Es un nombre muy bonito...

—Sí, y ella era una mujer muy bonita con un alma muy hermosa—dijo el coronel con una honda nostalgia en la voz.

—Me gustaría que la abuelita estuviera aquí.

—¿Sí? ¿De veras te gustaría? ¿Y por qué?

—Porque si estuviera aquí mi abuelita iría a ver a mi mamá y le daría muchos besos y le quitaría todas sus tristezas.

El coronel dejó a la niña y fué a hundirse en un sillón, pasándose la mano por la frente como para ahuyentar de ella los pensamientos que se acumulaban tumultuosos y torturantes. Era demasiado altivo para dejarse vencer por

aquel retal de persona. Por eso no quiso seguir hablando, porque se habían colocado en un terreno peligroso y el coronel temía que le faltaran las fuerzas para seguir por él sin caer en la tentación de complacer a la nena.

Lloyd no podía estar mucho rato en silencio ni mucho rato quieta. Era una chiquilla llena de vida y de actividad. Se acercó a su abuelo, le tiró de la manga y le preguntó mimosa y dulce:

—Abuelito, ¿tú sabes historias azules?

—Sí, algunas.

—Cuéntame una.

—No, no sé ninguna que te pueda contar — murmuró el coronel, sin ganas de hablar.

—Entonces, jugué conmigo. ¿No podrás jugar al escondite, verdad?

—No, mi vida, no, al escondite no... piensa otro juego — replicó, riendo de la ingenuidad de la niña, el viejo.

—Será mejor que juguemos a un juego que podamos estar sentados. ¿Sabes jugar a la canica?

—¿Cómo se juega eso? ¿Es un juego de cartas?

—No... se juega con una bolitas de cristal.

—Entonces no sé jugarlo. ¿Sabes jugar al tute?

—No.

—Entonces ya sé a qué vamos a jugar. Espera.

El coronel sacó una vieja caja en la que estaban almacenados dos grandes ejércitos de soldados y los colocó, en dos bandos, sobre la mesa. La nena miraba encantada la disposición de los dos ejércitos. El juego aquel iba a ser muy divertido.

—Me parece que tú no debes saber gran cosa de militarismo—dijo el abuelo mientras colocaba las piezas.

—Sí, abuelo, sí. Mira, sé saludar—replicó Lloyd llevando la mano a la frente como le habían enseñado sus amigos del Norte.

—¿No sabes ni saludar!—rió el abuelo— El saludo militar es éste—añadió llevando su mano a la frente, al estilo de los del Sur,

—No, abuelo, el verdadero saludo es éste—insistió la pequeña, que no gustaba de ser vencida.

—Te he dicho que es éste—replicó el abuelo comenzando a impacientarse—. Para algo he sido coronel en mis tiempos.

—También yo soy coronel—afir-

mó Lloyd poniéndose a tono con el tono furioso del abuelo.

—No digas tonterías.

—No digo tonterías, ea. Me nombraron coronel y me dieron un papel arrollado y atado con una cinta de color de rosa.

—¿Quién te dió esas cosas?

—El oficial del regimiento que había en el Oeste, cuando fuimos allá con papá...

—¡Bah, otra locura de esos yankees excéntricos!... ¡Nombrar coronel a una chiquilla!... Bueno, sea como sea, el saludo militar verdadero es el que yo hago.

—No, señor.

—Para tu edad y tu tamaño... eres la persona más terca que hay en todos estos contornos, amiguita.

—Pero tú eres mayor que yo... y por eso eres más terco que yo—replicó la nena, no dándose por vencida.

—Bueno, bueno, dejemos eso ya y vamos a jugar... Toma, estos son los soldados de la Unión, los tuyos, y estos son los confederados, los míos...

—¡Oh, qué bien!... ¡Yo tengo los que vencen siempre!...—exclamó la nena batiendo palmas.

El abuelo hizo un gesto de des-

agrado. ¡Ya se veía que la niña llevaba en las venas sangre de los odiados triunfadores!

—¿Quieres ser tú el Norte y yo seré el Sur?—preguntó Lloyd, dispuesta a complacer a su abuelo.

—¡Quisiera que no se me hubiera ocurrido sacar este juego maldito!—gritó, exasperado, el viejo coronel.

La nena le miró sin alterarse y comenzó a jugar sola, al ver que el abuelito estaba tan enojado.

—¡Bueno, ahí van mis hombres! ¡Pum... pum... pum!... Ya han caído cuatro heridos... Ahora avanzará una batería y atacará el ala izquierda del enemigo—dijo la niña, cogiendo cuatro de sus soldados y haciéndoles avanzar.

—No puedes hacer esto...—replicó el abuelo, interesándose en el juego.

—¿Por qué?

—Porque vienen los míos y bloquean a los tuyos y los hago prisioneros—explicó el abuelo, haciendo ejecutar las maniobras a su tropa de plomo.

—Pero yo hago avanzar a todo mi ejército, que se tira sobre el tuyo... y es la derrota completa—afirmó Lloyd, empujando a todos



sus soldados y arrollándolo todo con sus manitas que estaban enojadas y nerviosas. Y pareciéndole que la victoria era poca, volcó la mesa y los dos ejércitos cayeron al suelo estrepitosamente.

—Eres una auténtica Lloyd, querida—dijo el abuelo, cogiendo a la nena y sentándola sobre sus rodillas—. Tienes el valor que siempre ha tenido nuestra familia... y tienes ese maldito carácter que todos hemos tenido... vehemente, reñidor, terco... Este carácter te dará muchos disgustos, si no aprendes a dominarte desde ahora... ¿No quieres aprender a ser más humilde, más dócil, más blanda?

—Si tú aprendes, también aprenderé yo—replicó Lloyd con su inocente rebeldía.

—Tú tienes muchos más años que yo por delante para irte corrigiendo de este defecto. Yo ya he hecho tarde. Bueno, tus vestiditos ya deben de estar secos. Anda, ve y dile a María que te los ponga y yo haré ensillar mi caballo y te llevaré en él hasta tu casa. ¿Quieres?

—¡Oh, sí, sí, sí, abuelito! ¡Con lo que me gusta montar a caballo!—gritó Lloyd llena de entusiasmo.

—Pues anda, date prisa.

Cuando Lloyd salió vestida con sus pobres vestidos el coronel no pudo reprimir un gesto de amargura. Le parecía más su nieta vestida con aquellos trajes ricos, aunque pasados de moda, que con los que ahora llevaba, según la moda del día, pero tan pobres, tan pobres que el coronel no quiso pensar todo lo que aquellos vestiditos representaban.

—Anda, nena, vamos — dijo el coronel cogiéndola en brazos y sentándola en el caballo, delante de él.

—¿No le ha pasado a usted nada, señorita Lloyd? — preguntó, asombrada, May Lily al ver que el coronel no se la había comido ni matado a palizas, como ella se imaginaba, después de lo ocurrido.

—No, May, estoy muy bien... Abuelo, ¿no quieres llevar a May y a su hermanito hasta su casa también?

—Imposible, mi vida. No cabe-mos en el caballo más que tú y yo.

—Pero ellos pueden ir en su carrito y nosotros tirar de la cuerda. Verás qué bien... Anda, abuelito, di que sí.

—Bueno, bueno. ¡Eh, tú, grandallona, tirame la cuerda!

May Lily le tiró al coronel la

cuerda de la que ella solía tirar arrastrando el carrito de burda maderera que se habían confeccionado para que Henry Clay pudiera ir más descansado y, metidos los dos en aquel cajón reían a carcajadas, mientras el coronel, con su nietecita en brazos, iba muy serio tirando del carrito primitivo. Así dejó en su casa a los dos negritos y luego acompañó a Lloyd hasta la puerta de la suya.

—Abuelito, ¿por qué no quieres entrar?

—No, no, no... ya irás tú a verme otro día, ¿verdad? Aunque te digan que no vayas.

—Sí, abuelito. Y cuando volvamos a jugar juntos no nos pelearemos. ¡Adiós, abuelito!

—¡Adiós, encanto! — repitió el abuelo dando una larga mirada de ternura a aquella criatura que se había apoderado por entero de su corazón.

\*\*\*

Elisabet estaba muy inquieta por el prolongado silencio de su marido. Hacía algunas semanas que no tenía noticias suyas y temía que algo malo le hubiera ocurrido. Elisabet no vivía tranquila estando lejos del hombre al que amaba con toda su alma. ¿Por qué aquel obstinado silencio? ¿Por qué aquella

falta de noticias que le hacía sospechar los más terribles sucesos?

Por fin un día llegó un telegrama para ella. Un telegrama en aquella época y en aquella región apartada del Sur, era algo sensacional y terrible. Un telegrama no se pensaba entonces más que para anunciar una gran alegría o una

gran catástrofe. ¿Cuál de las dos noticias le podía traer a ella el misterioso papelito que nerviosamente tenía en las manos sin atreverse a romper el sobre para leer su contenido?

—Estoy segura de que me trae malas noticias... Mombeck, ábrelo tú, por favor... A mí me falta valor para hacerlo.

—¡Oh, no, no, señora! ¡Eso de escribir por cables me da miedo! ¡Es arte del diablo! — exclamó Mombeck, sin querer abrir el telegrama.

Elisabet lo abrió por fin y dió un grito de júbilo:

—¡Ay! ¡Viene, vuelve a casa!... ¡Va a llegar! ¡Oh, Mombeck!... ¡Vuelve la felicidad! ¡Me anuncia su llegada! ¡Viene, viene, viene! — gritó abrazando a Mombeck y comiéndose a besos a su hija.

—¿Cuándo llega papá Jack, mamá? — preguntó la nena, muy contenta.

—Pronto, pronto, hija mfa. Y nos traerá mucho oro del que ha encontrado en sus propiedades y podremos comprar muchos regalos para todo el mundo.

—¿Y me podré comprar un ves-

tido rosa, con lazos rosa y flores rosa?

—Sí, mi vida, sí... te podrás comprar todo lo que quieras. Ya no pasaremos más estrecheces. ¡Ya seremos felices para siempre!

Elisabet contó ansiosa las horas que le faltaban para ver llegar a su marido y espío todo el día los más leves ruidos para adivinar de lejos el paso de los caballos y el campanilleo del coche. Salíó presurosa de la casa cuando le oyó llegar. El coche se había detenido allí, a pocos pasos y bajó Jack pálido, delgado, macilento, triste.

—¡Jack! — gritó Elisabet, corriendo a él llena de júbilo. Pero al verle en aquel estado, al sentir que Jack desfallecía entre sus brazos, sintió una gran angustia apretarle el corazón y murmuró:

—¡Jack, Jack... ¿qué te pasa?... Por favor, ayúdeme a entrarle en casa—suplicó al cochero.

Sostenido por su mujer y por el hombre, entró Jack en aquella casita en la que había soñado llegar triunfante y a la que llegaba vencido y se dejó caer con desaliento en un sillón, cubriéndose el rostro con las manos y haciendo un



gesto para que Elisabet no le tocara.

—¡Jack, Jack! Dime, dime qué pasa, dime qué tienes—suplicó Elisabet arrodillándose a su lado e intentando abrazarle.

—Por favor, no me toques, Elisabet. Tengo fiebres contagiosas. No me perdonaría nunca si tú enfermabas por venir yo a buscar un refugio a tu lado.

—¡Oh, la fiebre no me importa, Jack! Pero algo más traes que es tan malo o peor que esas fiebres...

—Sí, Elisabet. Estoy completamente arruinado. Me engañaron... La propiedad que compré no tenía minas de oro. El mineral que me mostraron lo habían arrancado de allá, es verdad... ¡pero no era oro! Las tierras no valen nada. Son yerbas... no tienen riqueza alguna. Elisabet, perdóname. Vuelvo a ti pobre y enfermo. No debí volver a tu lado, pero tú eres lo único que me queda en este mundo.

—¡Jack, Jack de mi vida! Aquí te repondrás y aquí conseguiremos devolverte la esperanza. Mombeck, Mombeck, de prisa, ve a avisar al doctor—ordenó Elisabet, sobreponiéndose a su pena y atendiendo a

su marido con toda su tierna solicitud de esposa.

—Elisabet, te lo suplico, no te acerques a mí. No quieras agravar más la situación, poniéndote también tú enferma.

—No, Jack, no me enfermaré... Deja que te besé, deja que te acaricie, deja que sacie mi ansia de estar junto a ti. ¡Hemos estado tanto tiempo separados! No cogeré la fiebre. Tú verás como pronto te curas. Y por el dinero no tienes que apurarte. Todo se resolverá bien.

—No puedo perdonarme mi ceguera. Debí ver que aquellos hombres me engañaban. Pero creí en ellos y compré la propiedad fiado en su palabra. Swazey y Hull son dos ladrones de oficio, según me han dicho después. Comercian en el Oeste con las tierras que venden a incautos como yo. No tengo perdón, Elisabet, no tengo perdón. En cuanto supe el engaño creí que me iba a volver loco. ¡Estaba arruinado y os había arruinado a ti y a nuestra hija! Pero aun tenía la esperanza de luchar, de trabajar, de vencer... y entonces vino esta fiebre, esta fiebre que me abrasa y me consume y me incapacita para todo...

—¡Jack, no te tortures! ¡Verás como te curas pronto y entonces podrás trabajar!

—Elisabet, qué buena eres. Por eso he venido a tu lado. Sabía que sólo tú podías amparar mi miseria y mi desesperación.

—¡Papá, papá!—gritó la voz de Lloyd que bajaba en aquel momento, llena de gozo, a abrazar a su papá Jack.

Elisabet se puso en pie rápidamente y cortó el paso a la niña.

—Un momento, querida — murmuró, evitando que llegara hasta su padre, que, olvidado de su enfermedad, tendía a la nena sus brazos.

Jack dejó caer sus brazos con desaliento y saludó a la niña con honda amargura:

—¡Hola, hija mía!

—Mamá... déjame ir con papá Jack... quiero darle un beso—dijo Lloyd casi llorando.

—Oye, querida, papá está enfermo... y por ahora no es bueno que te acerques a él. Podría contagiarte su enfermedad y entonces tú también estarías enfermita.

—Es verdad, nena. No debes de acercarte a mí.

—¿Pero no le puedo dar un be-

so, chiquito, chiquito así? — preguntó Lloyd cada vez más triste.

—No, querida, ahora no. Cuando papá esté bueno, que será muy pronto, le darás todos los besos que quieras... Ahora vete a jugar con Mombeck.

Salió la niña llevada de la mano de Mombeck, que había regresado ya de casa del doctor y Elisabet se acercó de nuevo a Jack besándole y acariciándole con una ternura maternal y apasionada al mismo tiempo.

—¡Pobre Elisabet! — murmuró Jack terriblemente avergonzado de su derrota—. ¡Qué mal negocio hiciste al casarte conmigo! Abandonaste todas tus comodidades para seguirme a un porvenir incierto.

—¡Lo haría mil veces si mil veces volviera a nacer y mil veces te pusieras tú en mi camino, Jack, porque te amo con toda mi alma y para el amor todo es fácil!

—¡Mi vida!—exclamó Jack no pudiendo resistir el impulso de su corazón y besando a su mujer en los labios, con un beso en el que puso todo el agradecimiento de su alma triste.

No tardó en llegar el médico. Era el viejo doctor Scot, el que ha-

hía asistido al nacimiento de Elisabet y que tenía a aquella mujer decidida y enérgica un cariño de padre. Reconoció al enfermo detenidamente y miró con profunda tristeza a Elisabet. La enfermedad de Jack era grave y peligrosa, porque eran fiebres contagiosas. Después de haber hablado al enfermo con palabras de ánimo y de cariño —el viejo médico seguía la doctrina de que más puede hacer una palabra de aliento que los mejores medicamentos— hizo un gesto de inteligencia a Elisabet rogándole que le acompañara hasta fuera de la casa.

—No quiero alarmarla, Elisabet —dijo el doctor cuando ya se convenció de que Jack no podría oírles—. Pero su marido está muy enfermo y lo que es peor es que su enfermedad es contagiosa. Deben aislarse de él.

—¡Jamás le abandonaré, doctor! ¡Aunque supiera que tengo que morir no me movería de su lado!— dijo Elisabet con firmeza, con aquella firmeza que el médico conocía tan bien y ante la que toda otra voluntad era derrotada.

—Lo comprendo, amiga mía, lo comprendo... y lejos de mí la idea

de oponerme a esa abnegación tan noble y tan femenina. Pero es preciso pensar en la niña.

—Dios nos ayudará, doctor.

—Dios ayuda al que se ayuda. No puede usted exponer a la niña al contagio. Una naturaleza fuerte y robusta como la de su marido puede vencer el mal... pero la naturaleza delicada de una niña como la de ustedes podría sucumbir. Elisabet, es preciso sacrificarse: tiene usted que separarse de la niña.

—Pero, doctor, ¿dónde la mando? No tengo a nadie que pueda cuidar de la niña. No tengo parientes, ni amigos, ni dinero para confiarla a manos mercenarias.

—Elisabet... una sola casa hay a la que puede usted mandar a la niña... la del coronel.

—¡Oh, no! —exclamó Elisabet retrocediendo un paso.

—Elisabet... no puede sobreponer su orgullo a su amor de madre. Deje que, por una sola vez, hable más fuerte su ternura que su altivez. El coronel está muy solo en su gran caserón... y se ha hecho muy buen amigo de la niña. No le faltarán cuidados a Lloyd en aquella casa.

—Pero... pero Lloyd no se ha se-



parado nunca de mí. No querrá marcharse.

—Es preciso que usted la obligue. Elisabet, sus pechos nacen de su orgullo. Piense en que su orgullo puede causar la muerte de la niña.

—¡Oh, doctor, tiene usted razón! Sea como usted dice. ¿Pero mi pa... pero el coronel querrá tener a su lado a la niña?

—Yo le hablaré. Nos conocemos desde hace muchos años y yo soy el único amigo que ha frecuentado la casa desde... desde entonces, ¿comprende? Yo sabré convencerle, como la he convencido a usted.

—Doctor, es fácil convencer a una madre, cuando se trata de la salud de su hija.

—No olvide que el coronel es padre también—murmuró el doctor con honda intención mientras se alejaba después de haber estrechado con mucho afecto la mano helada de Elisabet.

Elisabet volvió a entrar en la casa y obligó a su marido a acostarse. El doctor había dado órdenes terminantes y lo que más necesitaba Jack era reposo y silencio. Lloyd andaba por la casa sin hacer ruido,

comprendiendo que papá necesitaba descanso y se pasaba largas horas en la cocina hablando con Mombeck, mientras Elisabet esperaba la resolución de su padre.

—Mombeck—decía la niña que había oído hablar a sus padres de aquellos dos hombres malos que le habían robado todo el dinero, engañándole—. ¿sabes lo que estoy pensando?

—¿Qué piensas, querida?

—Que esos dos hombres han sido los que han puesto enfermo a papá.

—No lo creo, querida.

—Sí, sí, Mombeck... ellos le han dado la enfermedad para sacársele ellos de encima. Estoy segura—afirmó la nena, que tenía el convencimiento de sus ideas.

La negra sonrió y no quiso insistir. Conocía la testarudez de Lloyd y que cuando se le metía una idea en la cabeza no había quien se la arrancara y la dejó con su convicción, aunque Mombeck estaba segura de que era una convicción falsa.

Pronto llegó la noticia de que el coronel aceptaba tener a Lloyd a su lado mientras durara la enfermedad del padre y Elisabet, ha-

ciendo un esfuerzo supremo e invocando todo su amor maternal para llevar a cabo aquel sacrificio superior a sus propias fuerzas, preparó el escaso y pobre ajuar de su hijita y la mandó a casa del coronel. Mombeck fué a acompañarla, pero Elisabet dijo que sería ella misma la que llevaría a su hija hasta el umbral de la puerta de la casa de su padre... de aquella puerta que hacía años ella misma, con su propia mano, había cerrado para siempre.

Lloyd no iba muy contenta. Tener que separarse de su mamita era para ella algo incomprensible. Pero marchaba segura de que sólo serían unos días los que tendría que pasar al lado del abuelo.

En el umbral de la puerta del jardín Elisabet se detuvo. No quería seguir adelante. Allí dejaría a la nena y que fuera ella solita hasta la puerta de la casa. A Elisabet le faltaban fuerzas para seguir adelante.

—Mamá—preguntó Lloyd viendo que ya su mamá se disponía a despedirse—, ¿me tendré que estar aquí mucho, mucho tiempo?

—No, encanto, nada más hasta

que papá Jack esté bueno... y como le cuidaremos muy bien ya verás como en seguida se pondrá bien.

—Pero, mamá... es que... es que yo estaré muy sola en esta casa tan grande y tendré miedo.

—¿Miedo? Una Lloyd no puede nunca tener miedo de nada, hija mía. Tú misma me has prometido ser valiente y portarte muy bien.

—Sí, mamá... pero cuando te lo he prometido no sabía que me iba a poner tan triste—murmuró Lloyd llorando.

—Vamos, vida, no me llores... Dame un besito. ¿Verdad que quieres mucho a mamá y a papá? Pues has de ser valiente para que ellos estén muy contentos. Anda, vete con abuelito, pronto vendré a buscarte.

Lloyd besó y abrazó a Elisabet que hizo un esfuerzo supremo para sonreír a la niña y contagiarle el optimismo que ella estaba muy lejos de sentir. Y vió como se alejaba la nena por el sendero, seguida por su perrito que no se quería separar de su ama y que iba también con la cabeza baja, entristecido por aquella despedida que comprendía con su fina sensibilidad de perro fiel.

\* \* \*

El coronel había aceptado a regañadientes la intromisión de Lloyd en sus costumbres habituales. Quería a la niña, pero no quería confesar que la quería. Esto era una elucubración un poco difícil de comprender, pero era así. El coronel había aceptado, fingiendo hacer un acto generoso y heroico, aunque en realidad estaba muy contento de poder tener con él a la niña. Pero le daba coraje que se la impusieran y que se la impusieran por la circunstancia de estar enfermo el que era causante de las disensiones entre él y su hija.

Por esto, en aquella primera noche en que Lloyd estuvo en casa de su abuelo, el coronel leía a la luz de la lámpara en su grande y silencioso salón, mientras la nena, sentada en una butaca se aburría

soberanamente, con el perro sentado a sus pícs, que se aburría tanto como su amita. En aquella misma hora, cuando estaban en casa, jugaban con grandes gritos y algazara y en los juegos tomaban parte todos: empezando por la mamá y acabando por la gruesa negra que corría tras el perro con la escoba en alto, amenazadora, pero que no la descargaba jamás sobre sus espaldas. Esta noche el perrito tenía ganas de jugar también. No comprendía por qué Lloyd estaba tan tristona ni por qué aquel señor viejo, al que no conocía, se empeñaba en leer el diario con tan obstinado silencio. Sin duda le debió parecer al perro que tenía obligación de distraer a su amita y dió unos pequeños ladridos para llamarle la atención.



Lloyd levantó la cabeza asustada, segura de que su abuelo se iba a enfadar mucho, porque ya le había dicho antes que a él le gustaba el silencio y que no quería que armase bulla cuando estuviera dentro de casa.

—¡Walker!—gritó el coronel al oír los ladridos del perro—. ¡Walker!

—Sí, señor — replicó el criado apareciendo, avaro y rígido.

—Ya sabes que no puedo sufrir el ruido. Llévate a ese maldito perro y déjalo en el jardín.

—Sí, señor.

Walker cogió en brazos al perrito y se lo llevó, volviendo a entrar a los pocos momentos.

—Walker, llévate a la señorita Lloyd y dile a María que la acueste.

—Sí, señor.

—Buenas noches, querida—dijo el coronel dando a besar su frente a la nena que se había acercado a él.

—Buenas noches, abuelito—dijo Lloyd con una voccecita triste, intimidada por la seriedad del abuelo y con unas grandes ganas de echar a correr y de marcharse a su casa.

—¿Por qué llevas ese vestido tan

viejo y tan feo?—preguntó el coronel fijándose en su nietecita que estaba parada ante él con sus ojos fijos en los del abuelo—. ¿Por qué no te han vestido bien para venir a verme? No es una señal de respeto el mandarte a mi casa con tus peores vestidos.

—Son los mejores que tengo y a mí me gustan mucho—dijo Lloyd altiva y severa—. Y no necesito otros más nuevos ni mejores que éstos, porque como pronto nos marcharemos...

—¿Que os marcharéis? ¿Dónde?

—A un asilo donde van todos los pobres que no tienen dinero para comer — concluyó diciendo Lloyd mientras salía del salón corriendo, ante Walker que la siguió rápidamente antes de que las iras del coronel cayeran sobre él.

El viejo coronel arrojó el diario lejos y se paseó nerviosamente por el salón. Las palabras de la niñita le habían inquietado. Las palabras y la miseria que se reflejaba en su ropita. Pero no quería humillarse. Si su hija pasaba trabajos y miserias ella lo había querido. Si le necesitaba ella era la que tenía que venir a implorar su perdón.

Lloyd salió corriendo y se encu-

minó a la puerta de salida, pero Walker la detuvo por una mano:

—¿Dónde vas, señorita Lloyd? No es por ahí que se sube a los dormitorios.

—Ya lo sé. Me voy a casa con mi mamá. Mamá me quiere aunque mis vestidos sean viejos y feos. No quiero estar en esta casa.

—El señor coronel también te quiere, Lloyd. No seas tonta. Ahora es de noche y las niñas buenas se van a la cama. El coronel está de mal humor porque tiene reuma... pero no porque esté disgustado contigo. A mí también me dice unas cosas. ¡Uy, si las oyeras! ¡Se te pondrían los pelos de punta! Pero yo no le hago caso y no por eso digo que me quiero ir a casa. Anda, vamos a dormir.

—¡No quiero subir, no quiero! —protestó la niña cogiéndose a la barandilla de la escalera.

—Bueno, pero para irse a la cama es preciso subir. Aquí bajo no hay camas.

—No quiero acostarme. Me quiero ir con mamá.

—Oyeme, ¿querrás subir si te enseño un medio muy bonito de subir escaleras?

—No hay más que dos medios

de subir escaleras... con los pies... o a cuatro patas, como los perritos —dijo Lloyd mirando a Walker, que se rió y le contestó:

—No, mi vida, aun hay otro medio. Ya verás, fíjate bien y verás cómo las subo yo.

La niña miró al negro. Walker tenía una agilidad en las piernas y pies extraordinaria y sabía bailar con esa rara perfección de su raza. Comenzó a hacer con la boca el sonido de toda una orquesta y al compás de aquella música original, taconeando, haciendo mil y una filigranas con sus pies, subiendo un escalón y descendiendo tres para volver a remontar cinco y bajar en seguida dos, fué subiendo el primer tramo de la escalera, seguido por los ojos inocentes y asombrados de la niña que no perdía ni uno solo de los movimientos realizados por el negro.

—¿Qué, ¿te ha gustado? — le preguntó Walker parándose ante ella después de aquella lección de baile.

—Sí, sí... yo quiero aprender a subir así—dijo Lloyd con alegría, olvidada ya de sus tristezas.

—Bueno, anda, dame la mano; vamos a ensayar. Una, dos, tres...

Walker iba marcando los pasos y Lloyd le seguía con aquella naturalidad graciosa con que la chiquilla lo hacía todo. Para la sena nada resultaba difícil... El negro procuraba marcar los pasos menos difíciles y Lloyd los seguía con toda perfección.

—¿Qué diablos es este ruido?—gritó el coronel saliendo del salón.

Walker y Lloyd subieron de tres en tres las escaleras y desaparecieron tras la puerta del dormitorio destinado a la niña, el mismo dormitorio que había sido de su mamá cuando su mamá estaba en aquella casa.

—¡En mi vida he subido unas escaleras tan rápidamente como hoy!—exclamó Walker cuando ya se vió seguro.

—Ni yo—rió Lloyd—. ¿Qué susto nos ha dado el abuelo!

—Ahora María te acostará. Buenas noches, pimpollo, hasta mañana. Mañana seguiremos nuestras lecciones de baile.

Lloyd se quedó en la habitación grande y silenciosa. La criada la desvistió, la acostó, le dió un beso y se marchó. No era como Mombeck que se quedaba a su lado contando cuentos o cantándole can-

ciones hasta que se dormía. Lloyd tuvo miedo, se sentó en su camita y empezó a llorar llamando a su mamá:

—Quiero ir con mamá... Quiero ir con mamá.

Pero nadie la oía. Walker había bajado al jardín, había cogido al perro en brazos y había entrado de puntillas en la casa dispuesto a llevarle a la niña aquella compañía que había de serle grata. Pero al pasar ante la puerta de la habitación del coronel, éste salió y Walker pudo a duras penas esconder al animalito a su espalda.

—¿Walker! ¿Qué diablos haces por aquí a estas horas?

—Venía... venía... porque he pensado que quizá el señor desearía una taxa de te antes de acostarse.

—¡Ah, muy bien pensado! Sí, tráeme una taxa de te.

En aquel momento al perrito se le ocurrió estornudar.

—¿Qué ha sido esto, Walker?—preguntó el coronel volviendo la cabeza y mirando furibundo al criado.

—He... he... he sido yo, señor... que no sé qué tengo en la garganta.



—Es preciso que te cuides... tienes tos de perro, Walker.

—Sí, señor.

Cuando el coronel desapareció de nuevo tras la puerta de su habitación, Walker abrió con cuidado la puerta del dormitorio de Lloyd y dejó que el perro entrara en él. El perrito dió un salto y se colocó al lado de Lloyd que seguía llorando. Cuando la niña vió a su amigo se secó las lágrimas, lo acarició, le dió muchos besos, lo arropó y le dijo, mimándole:

—Ahora sí que me podré dormir y que no lloraré... porque ahora ya te tengo a ti. Anda, duerme, duerme, que no venga el abuelito y nos encuentre despiertos.

La cabecita rubia de Lloyd quedó junto a la negra cabeza del animal y los dos se durmieron profundamente.

Pocos minutos después, de puntillas, andando despacio, entró el coronel. Tenía remordimiento de haber dejado marchar a Lloyd sin una palabra de ternura. Tenía remordimiento de aquellas palabras que Lloyd le había dicho y en las que él adivinaba todo el drama íntimo de su hija. Se acercó a la cama y se le llenaron los ojos de lágrimas al

ver que la niña dormía abrazada a su perro. Había encontrado más ternura en el pecho del noble animal que en el suyo. El coronel acarició a la niña y acarició al perro. Luego miró los vestididos miserables de Lloyd, cogió un zapatito que tenía la suela agujereada y comprendió muchas cosas que hasta entonces no había comprendido, comprendió que en su alma no había muerto el sentimiento y que aquella niña le estaba despertando del largo letargo en que había dormido en aquellos años de dureza y de sequedad.

Al salir de la habitación de la niña, Walker subía con el te y se quedó perplejo, temiendo que su amo le castigara severamente por haber dejado entrar al perro. Pero el amo sonreía con dulzura. Walker dijo, miedo:

—No sé cómo ha podido entrar el perro... señor.

—Habrás subido por la chimenea, Walker — bromeó el coronel. — No te importe. Oye, Walker, quiero que el sábado vayas a la ciudad y compres toda clase de vestidos de niña.

—Sí, señor. ¿Qué es lo que debo comprar?

—Todo, zapatos, calcetines, sombrero, vestidos... y todo lo que se lleva debajo de los vestidos... ¿comprendes?

—Sí, señor.

—¿Walker!

—¿Señor?

—Y... no olvides que soy un viejo loco—murmuró el coronel.

—Sí, señor—contestó el criado bajando de cuatro en cuatro las escaleras para que el coronel no se las hiciera bajar de cabeza.

Desde aquella noche la vida de Lloyd en casa de su abuelo fué como un sueño de hadas. No le faltaba nada. Se hacía todo cuanto la chiquilla quería. Y al sábado siguiente al día de su llegada iba ya la nena vestida elegantemente, con unos trajes muy llamativos que Walker le había comprado en la ciudad.

Entretanto en el hogar de los Sherman comenzaba a sonreír un poco la tranquilidad. La fiebre cedía día a día, el enfermo estaba más tranquilo, comenzaba a levantarse y pasaba largas horas tendido en una butaca, junto al gran ventanal, tomando el cálido sol del Sur que devolvía la vida a aquel cuerpo gastado y enfermo. Unica-

mente la preocupación constante de Jack por su situación económica retrasaba la marcha de la convalecencia.

—Cuando dejes de preocuparte de todas esas cosas ya verás cómo te pondrás completamente bien—le decía Elisabet que era feliz al ver que su marido iba recuperando fuerzas.

—Eres una santa, Elisabet.

—No, Jack, soy una mujer que te ama.

En el amor encontraba Elisabet la explicación de todo, porque para su alma femenina el amor era la fuente inagotable de todos los buenos sentimientos.

Un día estaba el matrimonio, como de costumbre, sentado uno frente al otro, tomando el sol y, mientras el enfermo reposaba, su esposa le leía alguna novela de aventuras o de amor para distraerle, cuando tuvo que interrumpir la lectura para acudir al llamamiento de alguien que había dado con los nudillos en la puerta de entrada. Era un desconocido que se quitó el sombrero y entró a tiempo que preguntaba:

—¿Vive aquí el señor Sherman?

—Sí, señor — replicó el propio

Jack mirando con sorpresa a aquel hombre que se adelantó hasta él, le dió la mano con franca naturalidad y le dijo, tomando asiento sin ceremonias:

—Muy buenos días, señor Sherman, yo soy Jeremías Higgins, representante de la Compañía de Ferrocarriles del Pacífico. Mi lema es brevedad y claridad. Le expondré en breves palabras el objeto de mi visita y usted sólo tiene que contestarme sí o no. No tengo tiempo que perder.

—¿Qué desea de mí? — preguntó Jack que apenas salía de su asombro ante la inesperada visita.

—Vengo a comprarle sus tierras del Oeste.

—¡Cómo! — exclamaron a un tiempo Jack y Elisabet.

—Sí. Yo les explicaré. Estamos construyendo un ferrocarril que irá de Nueva York a las costas del Pacífico. Nuestros ingenieros han presentado un proyecto en el que hay un túnel que costaría muchos centenares de miles de dólares y otro que consiste en cruzar por en medio de su propiedad. Nos sale más barato adquirir las tierras. Sólo necesitamos su consentimiento... Ya sabemos que le costaron baratas

y que, además, le estafaron haciéndole creer que había minas de oro. Pues bien, nosotros le compramos la parte del terreno que afecta al ferrocarril y le dejamos lo demás para usted, beneficiado en gran manera en cuanto el ferrocarril funcione. Le pagamos cinco mil dólares al contado. Eso es todo. ¿Sí o no? — concluyó diciendo aquel agente tan original que no se andaba por las ramas de grandes explicaciones.

—¡Oh, sí, sí, sí, desde luego! — dijo Jack, viéndose abierto ante sus ojos un nuevo y brillante porvenir.

—Magnífico. ¿Tiene usted su título de propiedad?

—Está en el banco. Mi mujer puede ir a buscarlo hoy mismo.

—Muy bien. Su mujer va a buscar la escritura y yo iré a buscar el dinero. Mañana nos veremos de nuevo y el trato quedará cerrado. Así es como trata de negocios la Compañía de Ferrocarriles del Pacífico. Buenos días. Hasta mañana.

Con la misma precipitación con que había entrado se marchó, mientras los dos esposos se abrazaban emocionados por aquella noticia que venía a ellos en los momentos



en que ya creían perdidas para siempre todas las esperanzas.

—¡Oh, mi vida, esta noticia es mejor que todos los medicamentos que hasta ahora he tomado! ¡Me siento completamente bien!

—Sí, sí... pero no olvides que todavía estás enfermo. Tienes que cuidarte mucho y no estropear tu convalecencia cometiendo imprudencias que te pueden costar caras. Descansa. Yo iré a la ciudad. Y mañana estará todo arreglado.

—Estoy muy contento, porque ahora no necesitaremos pedirle nada a tu padre... y no podrá recriminarte haber unido tu vida a la

vida de un vencido. ¡Elisabet, Elisabet, qué dichoso soy!

—¡Y yo también! ¡Tanto, que me parece imposible que tan fácilmente podamos reconquistar nuestra paz!

Jack dió a su esposa una carta para el director del Banco, autorizándola para que pudiera retirar la escritura y Elisabet partió, quedando Jack en espera de que aquel negocio se cerrara para tener así asegurada para siempre la dicha de su hogar... ya que la dicha no depende únicamente del amor, sino de las pequeñas comodidades que únicamente una posición desahogada puede proporcionar.

\* \* \*

Aquel mismo día estaba Lloyd jugando en los establos con Walker que le enseñaba nuevos pasos de baile, cuando un pequeño carruaje tirado por un ligero caballo,

se detuvo un momento. Iban en el coche dos hombres, que llamaron a Lloyd por aquel nombre que hacía tanto tiempo la niña no se había oído llamar:

—¡Eh, coronela, coronela! ¿No res tú la pequeña coronela? — le preguntaron los hombres.

Lloyd se acercó a ellos con recelo y contestó, mirándoles fijamente:

—Sí, soy yo. ¿Qué quieren?

—¡Ah! ¿Ves como te hemos reconocido? Una nena tan encantadora como tú no se olvida fácilmente. Te he recordado en cuanto te he visto. Pero ¿por qué no me dices nada? ¿Se te ha comido la lengua el gato? — preguntó Swasey, que no era otro que el ladrón y traidor Swasey uno de aquellos dos hombres.

Lloyd le había reconocido y le miraba con el ceño fruncido, con mala cara, preguntándose en su interior qué querría aquel hombre malo que tanto daño había hecho a su papá.

—¿No quieres hablarme, coronela? Tendrías que estar contenta de ver a tu viejo amigo. ¿Cómo está tu papá?

—Mi papá está enfermo—contestó con mucha rabia Lloyd, que hubiera querido ser hombre y ser mayor para pegarle a aquel hombre malo.

—¿Y dónde está tu casa?

—Allá abajo, al final de aquel camino—replicó Lloyd, mostrando la pequeña casita que se veía a lo lejos.

Los dos hombres se dieron una mirada de inteligencia, espolearon al caballo y marcharon a galope seguidos por la mirada de Lloyd que dijo a May Lily:

—¿Ves a esos dos hombres?... Pues voy a vigilarles, porque mi papá dice que son muy malos y no quiero que le hagan daño a mi papá.

Y la niña dejó todos sus juegos y marchó en dirección de su casa, olvidada de que tenía prohibido ir allá hasta que papá estuviera completamente bien y ya no hubiera peligro ninguno para ella.

Swasey y Hull habían llegado a casa de Jack y entraron en ella. Jack, al verles, quiso incorporarse, pero las fuerzas le faltaron y quedó de nuevo clavado en su sillón, presintiendo que algo malo le vendría de aquella visita de mal agüero.

—¡Oh, Jack! ¿Qué te pasa? — preguntó Swasey corriendo a él solito.

—He estado gravemente enfermo... y aun no tengo fuerzas—re-

plicó Jack, mirándole fijamente como para adivinar cuáles eran sus intenciones.

—Lo siento, Jack. ¿Puedo hacer algo por ti?

—No, gracias — replicó secamente Jack.

—Cuando sepas el objeto de esta visita te sentirás mejor, Jack. Cuando te vendimos aquellas tierras lo hicimos con toda nuestra buena fe, Jack, aunque tú creíste todo lo contrario. Ahora venimos a reparar el mal que te hicimos entonces sin querer. Venimos a comprarte las tierras por el mismo precio que nos las compraste... es decir, te devolvemos tu dinero a cambio de que nos devuelvas tú las tierras—explicó Swasey.

—¡Fuera, fuera de aquí!—gritó Jack exasperado, comprendiendo a qué venían aquellos malvados.

—Jack, no te exaltes. Venimos a proponerte un negocio honrado. Hemos hecho un largo viaje con el sólo fin de devolverte el dinero que te quitamos entonces. No podíamos dormir con el peso del remordimiento. Sabíamos que nos habías dado todo tu dinero. Lo único que

ahora queremos es restituirte lo que es tuyo.

—Me parece que te has vuelto demasiado generoso, Swasey. ¡Fuera, fuera de mi casa! No volverás a estafarme como lo hicisteis antes. Sabéis que ahora va a pasar por mis tierras un ferrocarril y queréis beneficiaros de todo... ¡Pues bien, no será, no será y no será!—gritó Jack exasperado.

—Puesto que sabes ya nuestra intención, tendremos que hablar de otro modo — murmuró Swasey sacando una pistola de su bolsillo y amenazando a Jack—. Venimos a que nos des la escritura de grado o por fuerza. Tú verás lo que te conviene.

—No puedo dárosela, porque no la tengo—respondió Jack con serenidad, confiando en poder salvar aquel papel que estaba en manos de su esposa.

—¿Dónde está?

—La tiene ya la Compañía de Ferrocarriles del Pacífico, que me ha comprado mis tierras.

—¡Mientes!—exclamó Hull.

—No tienes tiempo de haberlas vendido—afirmó Swasey—. ¿Dónde está la escritura?—le preguntó amenazándole más de cerca—. Re-



volveré toda la casa, derribaré la casa si es preciso hasta dar con ella.

En aquel momento entraba Mombeck que, sin darse cuenta de la visita, exclamó llena de regocijo:

—¡Oh, señor, acabo de encontrar a la señorita que viene ya con la escritura!

Pero se calló al ver que uno de aquellos dos hombres la amenazaba con la pistola y la obligaba a entrar en la cocina, empujándola brutalmente.

—¿Y decías que ya habías entregado la escritura, eh?... Bueno, bueno, esperaremos a tu encantadora mujer... y veremos cuál puede más—dijo Swasey con una malévolá sonrisa.

Lloyd llegaba en aquel momento a su casa en compañía de May Lily y de Henry Clay.

—Vosotros quedaos a retaguardia, que yo voy a asomarme por la puerta de la cocina a ver qué ocurre

Marchó Lloyd decidida y entreabrió la puerta de la cocina en el preciso momento en que Mombeck entraba en ella amenazada por la pistola de Hull. Lloyd cerró con cuidado y fué a dar la vuelta por el otro lado y atisbó por la puerta del

salón. Allí vió a Swasey que amenazaba a su padre con otra pistola, y no queriendo ver más, corrió de nuevo a casa de su abuelo.

—¡María, María!... ¿Dónde está abuelito?—le preguntó a la cocinera.

—Se ha ido a casa del guardabosque esta mañana y no volverá hasta la noche.

—¿Y Walker, dónde está?

—Ha ido a la ciudad.

—Pues ven tú en seguida, en seguida... A mi papá le ocurre algo malo con dos hombres que le quieren matar.

—¡Uy, niña, a mí no me metas en libros de caballerías!—contestó la cocinera asustada.

—Pues he de salvar a papá. Esos dos hombres malos lo van a matar...

—Yo no puedo ir, niña.

—Pues iré yo a buscar al abuelo. ¿Dónde está la casa del guardabosque?

—Al otro lado del bosque, niña. Está muy lejos para que vayas tú...

—May y Henry me acompañarán...—dijo Lloyd, segura de sus hombres, como ella les llamaba.

Pero sus hombres no quisieron acompañarla. Caía la tarde y el bosque estaba lleno de sombras.

May se negó a cruzarlo y cogió de la mano a su hermanito, como si quisiera salvarlo de espantosos peligros. Entonces Lloyd, miedosa, pero ocultando con orgullo su miedo, se lanzó solitaria a la aventura de cruzar aquel bosque lleno de sombras, en las que creía escuchar rugidos de león y graznidos de aves de mal agüero.

Llegó, por fin, a la casa del guardabosque, y golpeó violentamente la puerta con su manita que apenas lograba hacer ruido.

—¿Quién anda ahí?—preguntó el hombre asomándose.

—Soy yo. Quiero hablar con el abuelito—dijo Lloyd que llegaba sin aliento.

—Pero, chiquilla, ¿cómo has venido? ¿Qué ocurre?—preguntó el abuelo al oír la voz de la niña.

—Abuelo, abuelito, vente conmigo en seguida, en seguida.

—¿Dónde, criatura? ¿Qué es lo que quieres?

—Que te vengas conmigo en seguida... a mi casa... donde hay dos hombres que quieren matar a papá.

—No pondré yo el pie en tu casa por nada ni por nadie...—contestó secamente el abuelo, dejando que su orgullo hablara más alto que

sus sentimientos de ternura y de amor.

—Abuelito, tienes que venir... Mi papá está enfermo y hay dos hombres que lo quieren matar...

—Y ¿por qué tengo yo que salvar a tu papá?

—Pues porque es mi papá y porque yo le quiero mucho—contestó con fiera Lloyd, dando en el suelo golpes de impaciencia con su pie, mientras comenzaba a enrojecer de rabia.

—¡Oh!... ¡Pues no iré y no iré!—replicó el coronel dando media vuelta y encaminándose hacia la casa de donde había salido.

La nena se cuadró ante él y le dijo hecha una pequeña furia:

—Eres malo y feo y no te quiero nada... y me marcharé y no te iré a ver nunca más en toda mi vida, por malo y por feo...—y dicho esto, echó a correr, dispuesta a ir a salvar ella solita a su papá.

Pero aquellas palabras habían despertado el corazón del abuelo, que corrió tras ella, le dió alcance, la cogió en sus brazos y, montando los dos a caballo, partieron al galope a salvar a papá... El coronel prefería salvar al yankee que per-

der a aquel ángel encantador, que era el consuelo de su vejez.

Mientras la niña había ido a buscar a su abuelo, Elisabet llegaba a su casa con la escritura guardada en su bolso. Cuando Jack oyó los pasos de su esposa, quiso incorporarse o ir a prevenirla, pero Swasey le empujó de mala manera y le dijo, amenazador:

—Tú, quieto... si no quieres que le pase algo malo a tu mujer.

—¡Jack!—exclamó Elisabet entrando gozosa. Pero al ver a Swasey cambió de expresión, miró asustada y preguntó con la voz temblorosa:—Jack, ¿qué te ocurre?... ¿Qué quieren esos hombres?...

—No se alarme usted, señora... Ya vemos que sigue usted tan bella como siempre... Hemos venido a hablar de un negocio con su marido... de un negocio referente a esas tierras que posee en el Oeste.

—Jack ¿es verdad lo que dice ese hombre? —preguntó Elisabet, mirando con angustia la palidez cadavérica que cubría el rostro de su marido.

—No, Elisabet... Me engañaron una vez, robándome mi dinero y, ahora, quieren robarme de nuevo, quitándome la escritura de propie-

dad de esas tierras que ahora valen miles de dólares...

—Señora... creo que no necesita más explicaciones acerca de nuestra visita... Sabemos que la escritura está en poder de usted... Dénosla de buena voluntad si no quiere que se la arrebatemos a la fuerza.

—¡No!... ¡La defenderé hasta el último instante de mi vida!—gritó Elisabet, apretando con fuerza la bolsa contra su pecho.

Swasey fué a ponerle la mano encima, pero Jack hizo un esfuerzo y le contuvo. Hull empujó a Jack y le dijo:

—Tú, quieto, o disparo... No perdamos tiempo, quitasela a la fuerza, Swasey, mientras yo sujeto a este loco...

—¡Socorro!... ¡Socorro!...—gritó Elisabet desesperada.

—Elisabet, es inútil luchar—dijo Jack con desaliento—. Tu vida es más preciosa que todo el dinero del mundo... Dale a ese hombre lo que quiere... mientras me tengas a mí, podremos seguir luchando por la vida... trabajaremos... seremos felices en nuestra miseria.

—Así se habla, Jack—dijo Swasey, sonriendo con maldad—. Ya



lo ha oído usted, señora. Déme la escritura y negocio terminado.

—¿Qué pasa aquí? ¡Manos arriba!—gritó la voz del viejo coronel, que sentía rejuvenecer su sangre ante el peligro, mientras encañonaba una pistola que amenazaba a aquellos dos bandidos—. ¿Qué hacen ustedes?... ¿Qué es lo que quieren?... ¡Vamos, hablen!...

Los dos hombres se habían quedado mudos de sorpresa. No esperaban aquella intromisión. La pequeña Lloyd se acercó a Swasey y le preguntó burlona:

—¿Se te ha comido la lengua el gato?...

En aquel momento entraban el sheriff y sus hombres que, avisados por María, venían a auxiliar a Jack.

—Sheriff —dijo el coronel—, prenda usted a estos dos hombres y téngalos en la cárcel hasta mañana... Mañana veremos qué se hace con ellos...

Maniataron a Swasey y a Hull, mientras Lloyd contemplaba gozosa aquella escena y el coronel permanecía rígido ante aquellos hombres. Cuando todos hubieron salido, Elisabet miró a su padre con los ojos llenos de lágrimas y murmuró con

una voz temblorosa de emoción y amor:

—¡Padre!...

El coronel tosió fuerte, queriendo mostrar que no se dejaba dominar por las emociones, pero abrió los brazos y estrechó en un largo y fuerte abrazo a aquella hija de su vida, de la que había estado distanciado tanto tiempo.

—¡Padre, padre, padre!—exclamaba Elisabet, entre risas y lágrimas.

—¡Hija mía, da gracias a ese angelito que nos ha salvado a todos!—dijo el coronel—. Y ahora que ya he sido bastante loco para dejarme vencer por un diablillo de cabellos rubios, vamos a completar nuestra locura—añadió adelantándose hasta donde estaba Jack y tendiéndole la mano en un gesto conciliador y efusivo.

Jack estrechó la mano que se le tendía y miró a su mujer con una mirada de suprema felicidad.

—¿Puedo ya besar a papá?—preguntó Lloyd, que estaba olvidada de todos en aquella escena de enternecimiento general.

—Sí, mi vida, sí... hoy ya no puedes contagiarte su enfermedad... porque papá ya está bueno—dijo

Elisabet, llevando a la niña hasta los brazos de Jack, que la estrechó sobre su corazón.

Un gran estrépito les sobresaltó a todos. Era la puerta de la cocina que se venía abajo gracias a los denodados esfuerzos hechos por Mombeck con su voluminosa parte trasera. ¡Por fin estaba libre... aunque le había costado caerse al suelo con toda su humanidad!... Pero había vencido la resistencia, de aquella puerta y corría al comedor a tiempo para contemplar el cuadro familiar que le había llenado de lágrimas los ojos.

—¡Mombeck! — exclamó Elisabet, corriendo a ella y abrazándola.

—Señorito... ya sabía yo que nuestro angelito tenía que traer la paz y la dicha a nuestro hogar—dijo la negra, llorando y riendo de gozo.

—¿Y saben ustedes lo que voy a hacer en honor de nuestra pequeña coronela?—preguntó el viejo coronel, dirigiéndose a Lloyd y poniéndose a la altura de la nena—. ¡Voy a dar un gran baile rosa en su honor!...

—¿Un baile rosa, rosa, rosa?—preguntó la nena.

—Sí, completamente rosa... To-

dos los vestidos rosas, y las cintas de color de rosa, y las flores...

—¿Rosas como las rosas de tu jardín, que tanto le gustan a tu mamá?

—Sí... un baile rosa, del mismo color que las rosas de mi jardín—repitió el coronel, besando la mano de la nena.

En los jardines de la casena que habían estado tantos años solitarios y abandonados, se había congregado, como en mejores tiempos, todo lo mejor de la aristocracia de todos los contornos, invitada a la gran fiesta que el coronel daba en honor de su nieta y para tener ocasión de introducir en sociedad a su hija y al marido de la misma.

En aquella fiesta May y Henry tuvieron el mejor puesto y pudieron comer todos los pasteles que quisieron. Mombeck les daba permiso para hartarse una vez en la vida... Si luego se indigestaban, ya les daban un poco de ricino sus padres... ¡Un día era un día!... Y aquel día tenía que formar época en la región.

Elisabet estaba radiante de dicha. Había recuperado el cariño paterno sin haber tenido que renunciar al

amor de su marido. Y había recuperado su puesto en el hogar de su padre, sin tener que entrar en él humillada por la miseria... Aportaba a la herencia paterna el capital ganado por su marido tras las luchas y los sinsabores pasados. Un sol esplendoroso lucía en el horizonte de la vida de Elisabet.

También el coronel se sentía dichoso ante la felicidad de su hija. Hacía muchos años que no había experimentado la alegría que experimentaba al sentirse de nuevo rodeado de ternuras y de estimación. Los tiempos negros habían pasado. Ya en su existencia no se ocultaría el sol radiante que había hecho brillar en su hogar la mirada azul de su nietecita.

¿Dónde se había metido aquel diablillo? Hacía rato que el coronel no veía en parte alguna a Lloyd, y la andaba buscando como alma en pena, sin acertar a encontrarla en ningún rincón del jardín. ¿Dónde estaría? ¿Qué haría la chiquitina deliciosa que le había hecho olvidar rencores y perdonar odios?

El coronel buscaba y buscaba sin dar con la niña. No comprendía dónde podía haberse escondido.

—¿Has visto a Lloyd?—le preguntó a Elisabet.

—¿Lloyd?—preguntó a su vez Elisabet, mirando a un grueso mazo de rosas entre las que la pequeña se ocultaba. Pero la nena se puso un dedito en los labios, suplicando a su mamá silencio y, Elisabet, para complacer a su hija, mintió inocentemente—: No, papá, no sé dónde está Lloyd...

El coronel se quedó preocupado, mirando fijamente al suelo, pensando dónde ir a buscar a la pequeña, cuando ésta se acercó a él de puntillas, le tomó el bastón de las manos y dándole un pequeño golpe como el que le diera el primer día en que se conocieron, le preguntó, sonriendo:

—¿Qué diablos estás haciendo aquí, abuelito?...

El abuelo cogió en brazos a la nietecita y le dió un beso efusivo, en el que quedaron unidas para siempre el alma del viejo y el alma de la niña, como si en aquel beso quedaran concentrados los amores de hoy y los perdones de las culpas pasadas... El angelito había hecho el milagro de devolver el alma al viejo frío y rígido que hoy sentía brotar en su pecho oleadas de ternura provocadas por la risa infantil y los ojitos azules de Lloyd.

FIN



# COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

## La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS.

- La vida alegre.  
El gran desafío.  
Miguel Sirogoff o el  
Cortés del Far.  
La primera vez que  
se casó.  
El coche número 12.  
Sin familia.  
Mare Nostrum.  
Nació el hombre que  
vendió.  
Cobra.  
El Su de Maravaria.  
Vida locuana.  
Zash.  
Adiós juventud!  
El judío errante.  
La mujer desolada.  
La ma Mariona.  
Casanova.  
Hotel Imperial.  
Don Juan, el ladrón de  
Berlín.  
Noche especial.  
El séptimo cielo.  
Nuestro Gato.  
Los vencedores del futuro.  
Ben-Hur.  
El demonio y la carne.  
La castellana del libro.  
La tierra de todos.  
Trigüen.  
El rey de reyes.  
Sangre y arena.  
La ciudad castigada.  
Agallas trinitarias.  
El capitán Malacra.  
El capitán Socrad.  
El jardín del cielo.  
La princesa mágica.  
Batona.  
Una aventura.  
El príncipe estropeado.  
Ana Karantina.  
El destino de la carne.  
La mujer divina.  
Alas.  
Cuatro hijos.  
El carnaval de Venecia.  
El ángel de la calle.  
La última alta.  
El conde.  
Amantes.  
La ballarina de la Opera.  
Moulin Rouge.  
Ben Ali.  
Los cuatro diablos.  
Una perversa risa.  
Vulgar, Volga.  
La profunda patética.  
Un cicero muchacho.  
Nuestro hijo.  
La ruta de Singapur.  
La actriz.  
Mister Wu.  
Korassi.  
El despertar.  
La melodía del amor.  
Las tres patencias.  
Christina la Holandesa.  
Viva Madrid, que es mi  
pueblo!  
Sombras blancas.  
La mujer andaluza.
- Los cosacos.  
Icarus.  
El mundo de Montecarlo.  
La mujer ligera.  
Virginius moderna.  
El pagano de Tahití.  
Estrechos dicciones.  
La senda del sol.  
Este es el cielo.  
Españolismo.  
Evangelismo.  
Orquídeas salvajes.  
El caballero.  
Epitafio.  
La máscara del diablo.  
El pez muerto de cada  
día.  
Vida hisláiga.  
Anselón.  
Anselón.  
a pecadora.  
El beso.  
Ella se va a la guerra.  
Los hijos de nadie.  
El pescador de perlas.  
Santa Isabel de Caras.  
Los dos brufianes.  
La canción de la estopa.  
El precio de un beso.  
La respuesta del recuerdo.  
Delirios.  
Del mismo barro.  
Enredados.  
Cuento de Infantería.  
Olimpo.  
Monsieur Sans-Gêne.  
Bombas de gloria.  
Mamba.  
Moby (la gran parada).  
De frances... marchen!  
Prim.  
El preñado.  
Romanza.  
El gran chico.  
Tempestad.  
El día del mar.  
Anne Christie.  
Revela de mis amores.  
Horizontes nuevos.  
Don-Har (edición popu-  
lar).  
La inoperable.  
El mal.  
El pavo real.  
Bajo el techo de París.  
Wo-ti-chang.  
Montmartré.  
Cuento del leñador.  
¡Mío señor!  
¡Alegría!  
La mujer que seamos.  
Al rompió de 1-4.  
La princesa enojada.  
Amante de amor.  
El gran desafío (edición  
popular).  
Du Barry, mujer de pa-  
sión.  
La vida alegre (edición  
popular).  
La princesa del futuro.  
Cuento y alma.  
El impostor.  
Esposos y medias.
- Enlaven de la moda.  
Petit Café.  
Mar que casar al príncipe.  
aspiración.  
El proceso de Mary De-  
gan.  
Maravaria.  
En cada puerto un amor.  
¡Cocoro a tu mujer!  
El millón.  
La mujer X.  
Centa siega.  
Mar de fondo.  
La llama sagrada.  
La ley del barón.  
La fruta amarga.  
Vidas trucoadas.  
La hora del mar.  
Tobó.  
El pasado amara.  
Pena plenas largas.  
Túder Mora.  
Un vascul en la corte  
del rey Arturo.  
El código penal.  
La pura verdad.  
Mazurkado, o el derecho  
a la vida (fuera de se-  
rie).  
Carrón (la tragedia de  
la mina).  
Escudalencia.  
Las peripetias de Skippy.  
¡Qué vitalidad!  
El camino de la vida.  
Noches de Viena.  
Mami.  
Eran tres.  
Cheri-Bibi.  
¡Béame tres ves.  
Camarones de Indio.  
Los hijos de la calle.  
La divocidad.  
Madame Sécia.  
¿Cuándo te casarás?  
Marioneta.  
El carner amarillo.  
Honrada a tu madre.  
Su última noche.  
Las algaras chicas de  
Viena.  
Viva la libertad!  
Sairada.  
El herenito del amor.  
Deliciosa.  
Cielo robado.  
Amoroso hijo.  
Honor entre amantes.  
Para alcanzar la luz.  
El hombre que asesinó.  
¡Rindase!  
La calle.  
El prófugo.  
Música de paz.  
Amores de medianoche.  
Miguel Sirogoff o el Co-  
rreo del Far (edición po-  
pular).  
La hermosa San Sulphide.  
El amoroso y la carne  
(edición popular).  
La dama marroquina.  
Los algaras de la Vir-  
gen.
- Pareja de baile.  
Al Capone (Vienen en  
Chicgo).  
Mi último amor.  
Muchachos de uniforme.  
Marido y mujer.  
Mata-Hari.  
Concorina (fuera de se-  
rie).  
Caraculera.  
Erase una vez un val.  
Hombres en mi vida.  
Nishia.  
Robena.  
Indecible.  
Torrón de los monjes.  
El terror del hampa.  
La ruina al mundo por  
Douglas Fairbanks.  
Chica bien.  
Karlén (quedó).  
Champ (El catapeto).  
La rarga del jaguar.  
Los amores de José Mo-  
ra (fuera de serie).  
El caballero de la noche.  
Armas Lepin.  
La dama del 11.  
Amor en vela.  
El pecado de Madrión.  
Claudio.  
La casa de los muertos.  
Citanos del cielo.  
El proceso Oerfus.  
La vida de un gran se-  
ñista.  
El último exilio sobre la  
tierra.  
Automas.  
Violencia Imperial.  
Teresa.  
La película de los astro-  
nas. Grand Hotel (fu-  
era de serie).  
Boy un fugitivo.  
Hollywood al desnudo.  
Sangre roja.  
El doctor X.  
Enma.  
Primavera en capón.  
El hijo del destino.  
Fila o ríngula.  
El enemigo de la sangre.  
El amor del cielo.  
El amoroso de la ciudad.  
El hombre que se casó  
del amor.  
Loran Lepus.  
Mercado de mujeres.  
Maros vulgarios.  
La princesa se divierte.  
La mano asesina.  
El rey de los gigantes.  
El sargento X.  
Los seis misterios.  
Esta edad moderna.  
La novia de Escocia.  
Siempre al pasar.  
El mayor amor.  
Expreso fantasma.  
Al despertar.  
El rol de la mujer en  
la Gran Guerra.  
La vida de amor.  
Salvada.

Deseo por amor.  
 Coraciones sin rumbo.  
 Coraciones valientes.  
 Inesta-Pagano-Dunare  
 (fuera de serie).  
 Los tres mosqueteros \*  
 (Los Hombres de la  
 reina). \*  
 Milady (Segunda parte de  
 los tres mosqueteros) \*  
 Reclutad.  
 La calle 42.  
 Los dos Huertanitos.  
 Cabelgato. \*  
 Secreto.  
 La feria de la vida.  
 Una esposa y una rubia.  
 Como yo me desasa.  
 El calcetín.  
 El amor y la suerte.  
 Una vida romántica.  
 Rasputin y la zarina.  
 Nunca tiene un secreto.  
 20.000 años en Sing Sing.  
 Muñecas en Budapest.  
 Milagro!  
 Vivamos hoy.  
 Odio.  
 Los crímenes del museo.  
 El secreto del mar.  
 Mis labios engañan.  
 No dejes la puerta abierta.  
 Dos noches.  
 La melodía prohibida.  
 El primer derecho de un  
 hijo.  
 Canción de Orleans.  
 La amargura del general.  
 Yes.  
 Solista.  
 La vida privada de Euri-  
 que VIII.  
 Fra Diavolo.  
 El patrión ideal.  
 El pedío errante.  
 El hijo de la palomita.  
 Letty Linton.  
 Santa China.  
 Ya, tú y ella.  
 Un ladrón en la alcoba.  
 Un hombre de corazón.  
 Muerte de Wanda.  
 El cantor de los satanes.  
 La llama eterna.  
 El rey de los Hércules. \*  
 La Cruz y la Espada.  
 El canto del rufesán.  
 Adios a las armas.  
 y muchas.  
 Tu amor mío!  
 La escalera de París. \*  
 "Compañía al amanecer.  
 Bolinas a la venta.  
 Jaja.  
 "hermana blanca.  
 La Reina Cristina de Sue-  
 cia.  
 Por un solo dala.  
 Se ha fugado un preso.  
 El error de los padres.  
 La ciudad de cartón.  
 Honores de Indierón.  
 Doña Francisquita.  
 El café de la marina.  
 El agua en el suelo.  
 El borrador y la dama.  
 Encierros de la tierra.  
 Mujeres y I Don Juan.  
 Alma de ballarina.  
 Yo he sido septa.  
 No sea celoso.  
 Decillo de canchales.  
 Aves sin rumbo.  
 Nunca es así.  
 Pensada en la calle.  
 Una noche en El Cairo.  
 Rosa de medianoche.  
 El ray de la plata.  
 Sobre el circo.  
 Las sorpresas del coche.  
 cana.  
 Sol en la nieve.  
 Madre de los dióces.  
 La portera de la fábrica.  
 Granderos del amor.  
 Fanny.  
 Siempre en mi corazón.  
 Tarde y en compañía. \*  
 El gato y el viento. \*  
 Sor Angélica. \*  
 Todas. \*  
 Casanova.  
 El primer amor.  
 Zorro. \*  
 Un capitán de cosaca.  
 El altar de la moda.  
 "La virgen de la roca.  
 La herencia.  
 Madame Du Barry.  
 Excedió una noche.  
 Nombres en blanco.  
 Pueros humanos.  
 Viva la vida!  
 El negro que tenía el  
 un blanco. \*  
 Carmina.  
 Cuanta shelo.  
 Nola con su amor.  
 El mundo cambia.  
 Canción de una.  
 Paz en la tierra.  
 La dama del boulevard.  
 La hermana San Sulpicio.  
 El signo de la muerte. \*  
 La dolores.  
 Las fronteras del amor.  
 Wunder Bar.  
 La dama de las camelias.  
 La gacela de poivre.  
 Caravana.  
 Rumbos del mañana.  
 Así ama la mujer.  
 La horrorescure.  
 Nada más que una mujer.  
 Dama por un día.  
 La espía n.º 13.  
 Leticia casada necesita un  
 rido.  
 "Viva Villal.  
 Busca un refugio.  
 Infancias del corazón.  
 El nuncio de mamá.  
 Mademoiselle Doctor.  
 Las Virgenes de Wimpul-  
 Street.  
 Los mil y dos techos.  
 Al llegar la primavera.  
 Madrid en divorcio.  
 Toda una mujer.  
 To cante para ti.  
 Ojos cariboneros.  
 Al compás del amor.  
 Espigas de oro.  
 La generalita.  
 Por mal camino.  
 La legión blanca.  
 Cruz Dishi.  
 Lo que los dioses desean.  
 ren.  
 "Quién mató a Eva?  
 Fiesta en palacio.  
 Oro y plata.  
 El fantasma del convento.  
 El amor que necesitan las  
 mujeres.  
 Ángel del arroyo.  
 Capitanes.  
 La Maternal.  
 Los de 14 años.  
 Febéa.  
 Doy mi amor.  
 Los clavos de la Virgen.  
 Costa mundial. \*  
 El esplendor de mujeres  
 sacadas. \*  
 Imperio Argentino.  
 El pen-número de cada día.  
 Tanta corazon.  
 Barreras intransponibles.  
 La bien pagada.  
 El último contrabandista.  
 El año de las rosas.  
 Por amor amor amor.  
 Don Quintín, el amargao.  
 El convento del rey.  
 El hermano de la muerte.  
 Abba Hamid.  
 La madrestra.  
 Acquire a su mujer.  
 El castaño de la laguna.  
 El conde de Pinacarielo. \*  
 Jolita compra un hijo.  
 Carlos García.  
 Sobrieto Baturra. \*  
 El niño piado.  
 Nuestra familia. \*  
 Amor de madre.  
 Vivamos de nuevo.  
 Cuando el diablo canta.  
 Madre Alegría.  
 Masaca la cortijera.  
 Grandes diversiones.  
 Es mi hombre.  
 Angélica o el amor de un  
 fugado.  
 Wimpul.  
 La ley del penal. \*  
 La indolencia. \*

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, conside-  
 rada la Biblioteca más amena, selecta e interesante

**GRAN ÉXITO DE:** La bien pagada  
 Nobleza baturra  
 El niño de las monjas  
 Madre alegría  
 Rosario la cortijera  
 Es mi hombre  
 Rataplán  
 Don Quintín el amargao

Siempre las mejores novelas cinematográficas  
 EDICIONES BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Barcelona

## De interés para nuestros suscriptores y lectores

EDICIONES BISTAGNE publicará en esta acreditada colección, en exclusiva, la novelización de la casi absoluta totalidad de las producciones nacionales, y adelantamos algunos títulos a cual más sugestivo:

**La bien pagada**

(publicada)

**El último contrabandista**

(publicada)

**El niño de las monjas**

(publicada)

**Don Quintín el amargao**

(publicada)

**Nobleza baturra**

(publicada)

**Madre alegría**

(publicada)

**Rosario la cortijera**

(publicada)

**Es mi hombre**

(publicada)

**La hija del penal**

(publicada)

**Rataplán**

(publicada)

**Paloma de mis amores**

**El secreto de Ana María**

**Las tres rosas**

**Error judicial**

**La papirusa**

**La casa de la troya**

**Currito de la cruz**

**La mujer adúltera**

**El cura de aldea**

**La hija de Juan Simón**

**El ruiseñor del convento**

**¡Abajo los hombres!**

**La farándula**

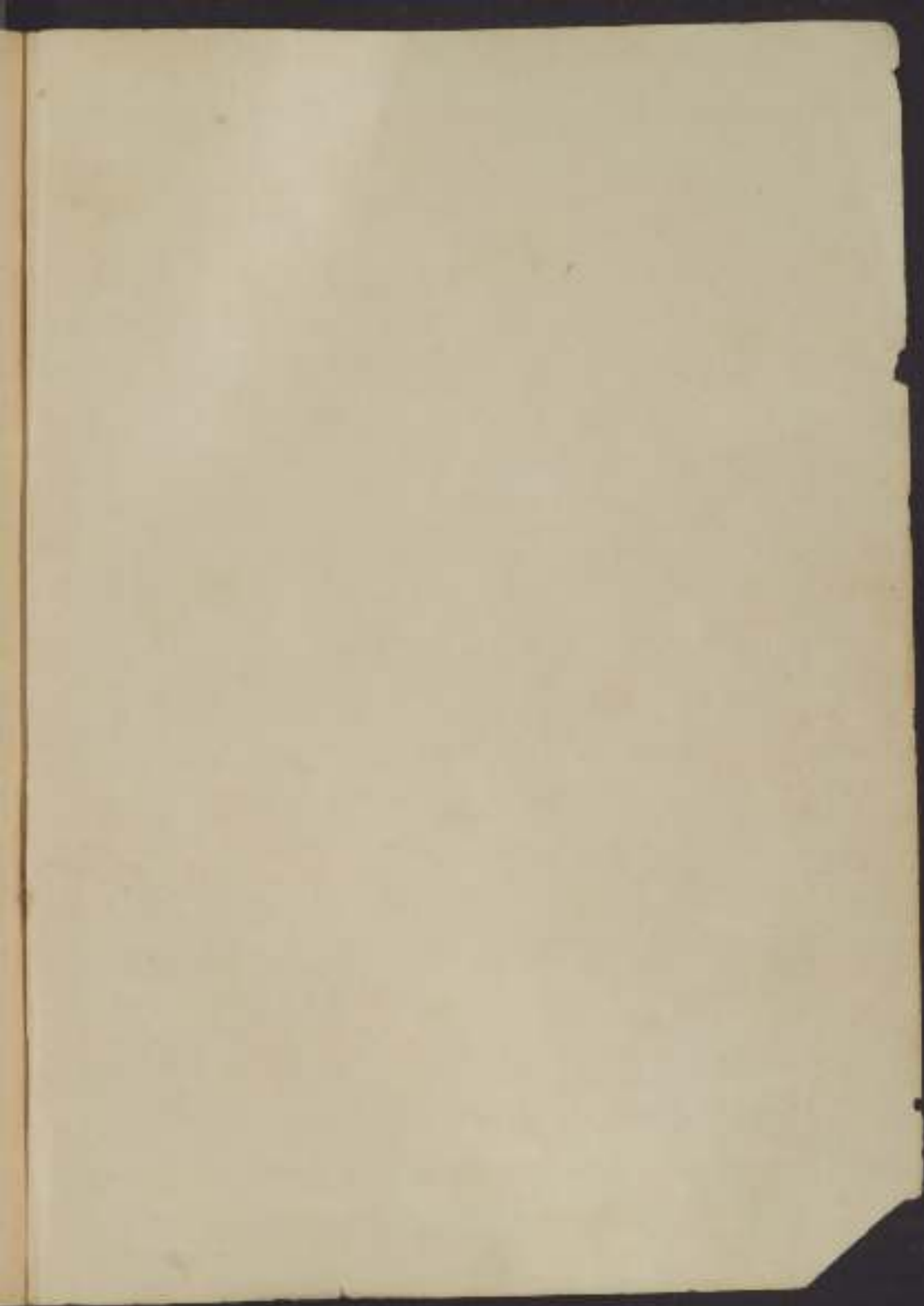
**Precio: UNA PESETA**

**Inmejorable presentación**

---

**¡EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!**





**E. B.**